
BOLSILIBROS
TERROR
SERIE
SELECCION TERROR
Selección
TERROR
EXPERIMENTO CLINICO
VIC LOGAN

Helga tragó saliva. Intentó articular algo… quizá gritar con más fuerza, pero su voz quedó prendida en su garganta, negándose a salir.

Jadeó como si hubiese hecho una larga caminata y se sintiera agotada.

Le costó un enorme trabajo poder respirar, y siguió retrocediendo, aterrorizada.

Por fin…

Algo falló en su sistema nervioso, sintió como si la sangre dejara de circular por sus venas. Un súbito mareo lo convirtió todo en borroso, y luego, en el negro más absoluto.

No sintió nada, no oyó nada, únicamente tuvo la sensación de que caía en un abismo profundo, muy profundo.

Luego, la nada…



Vic Logan

Experimento clínico

Bolsilibros: Selección Terror - 101

ePub r1.0

xico_weno 31.08.15

Título original: *Experimento clinico*
Vic Logan, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El profesor Loockwood sostenía el principio de que ninguna máquina, por perfecta que fuese, podía ser superior al hombre.

Así versaba su conferencia que el canal 3 de la televisión de la República Federal Alemana transmitía en directo, desde el Centro Médico Cultural.

—Ni computadoras, ni cerebros electrónicos, por perfectos que sean, pueden compararse con el ser humano, sea cual fuere su especie…

El grupo de adeptos, que la cámara enfocaba a veces, escuchaban, más o menos interesados, según las creencias particulares de cada cual.

El profesor seguía.

—Hay tres clases de hombres. Los que han nacido para mandar, los que sólo sirven para obedecer, y una tercera especie que no es apta para ninguno de los menesteres citados. Y es a esa especie a la que me refiero concretamente, al hablar de futuros experimentos…

Hans, tendido sobre la moqueta de la sala de estar, de espaldas a la pequeña pantalla, palpó a ciegas, con ánimo de cortar la conexión.

No podía moverse a gusto porque tenía entre sus brazos, sobre la moqueta también, a Marión.

Hans contaba veinticuatro años, era un muchacho de la época actual, deportivo y positivista.

La chica tenía un par de años menos, y se sentía halagada de estar con el que ella consideraba el hombre de sus sueños.

—¡Es pesado ese tipo! —exclamó él, intentando dar con el mando de cierre del televisor.

—Déjale que hable. A mí no me molesta. ¿Y a ti?

—¡Oh! —suspiró el joven.

Marión atrajo a Hans hacia ella, y permanecieron besándose en

la oscuridad de la sala, rota únicamente por los rayos del televisor.

Y la voz del profesor Loockwood proseguía:

—… Son seres inútiles a la sociedad, porque carecen de criterio propio. No han madurado lo suficiente y, por ello, necesitan esa ayuda que les permita incorporarse plenamente a su mundo.

—¿Cuál es tu mundo? —preguntó Marión, separándose de Hans para tomar aire.

Él deseaba besarla de nuevo, pero antes contestó:

—Mi mundo es donde tu estés… ¿Suena a cursi?

No la dejó responder, y la besó de nuevo. El profesor seguía con su charla:

—… Hombres y mujeres que no están bien definidos. Vegetan. Son inútiles, pero las nuevas técnicas del futuro apuntarán hacia mi tesis…

Uno de los espectadores interrumpió al profesor:

—Pero usted ha hablado de operar.

—En efecto —afirmó el conferenciante.

—Pero eso es contrario a la ley. No se pueden convertir a las personas en autómatas.

—Los débiles son siempre autómatas. Lo han sido y lo serán. Dependen de voluntades superiores, pero, a veces, se rebelan, y su ignorancia les hace malograr proyectos creados por las inteligencias designadas para gobernar al mundo. En cuanto a la ley… es cosa de los hombres; las leyes varían con los tiempos. Si no fuera así, viviríamos todavía en un mundo primitivo. Yo afirmo que lo que hoy pueda parecer el debate de un tema futurista, llegará a convertirse en realidad. La gente mediocre llegará a ser útil, y la ley aprobará todo cuanto se haga en este sentido.

—¿Y en qué se basa su tesis, profesor? ¿Acaso ha hecho algún experimento? —preguntó un espectador.

—Se trata de una operación simple… una operación de cerebro, fácil, indolora y sin peligro. En cuanto a la experiencia, es difícil, si no se quiere topar con la ley… que, por supuesto, soy el primero en acatar…

—¡Ya está bien! —Exclamó Hans que, volviéndose hacia el televisor, cortó imagen y sonido—. Éste es un segundo Frankenstein, al que no debieron autorizar a hablar.

—¡Oh, oh! —Sonrió ella—. Esto no sería democracia. Todo el

mundo puede exponer sus opiniones. Por ejemplo, yo… Tienes que trabajar…

—¡Al diablo! Es sólo una gacetilla de dos folios. Lo hago en un momento.

—Por cierto… ¿No tenías que escribir algo sobre ese profesor Loockwood?

—Eso es lo que me han encargado. Y lo escribiré.

—Pero si no has oído nada de lo que ha dicho —protestó ella.

—¡Al diablo!… —replicó Hans—. Me lo sé de memoria. He leído algunos artículos suyos, y ya tengo mi opinión formada. Ya sé cómo voy a titularlo… «¿Se avecina la era de los autómatas?». Y voy a despacharme a gusto, cuando hable de ese imbécil…

La miró, se aproximó a ella, que trató de rehuirle, pero Hans la alcanzó, y rodaron suavemente sobre la mullida moqueta para entregarse de nuevo al amor.

En el Centro Médico Cultural, el profesor Loockwood terminó con su conferencia:

—… Las máquinas perfectas pueden tener fallos; un hombre perfecto jamás los tendrá. Las computadoras futuristas quedarán en proyecto porque el verdadero material del futuro es el ser humano. Gracias por haberme escuchado. Damas, caballeros, ha sido un placer dirigirme a ustedes. Buenas tardes.

—Me voy —dijo Marión, poniéndose en pie y alisándose su corta falda, que permitía apreciar la belleza de sus perfectas piernas, cubiertas hasta la rodilla por unas botas de piel flexible—. Si tú no quieres trabajar, yo todavía tengo algo que hacer.

—Quédate un poco más. Es temprano, y sabes que mañana me voy a ese congreso científico de París.

—Y yo le diré a mi padre que no se separe de ti. Que te vigile. No me fío ni un pelo de ti. ¡Je! ¡Y en París!

—Temo que no podré ir con tu padre. Él irá con sus compañeros. En el periódico, a mí me han reservado ya una plaza. Seguramente, tendré que compartir la habitación con algún colega viejo, de ideas caducas, en un hotel de segunda categoría. Nuestro diario es pobre, para según qué cosas.

—De todos modos, estás deseando irte.

—Será porque es mi primer trabajo importante.

—Eres un tipo listo.

—Ojalá el viejo pensara igual que tú. Lo que ocurre es que suplo al redactor jefe porque está con un gripazo de tomo y lomo… Total, tres días ausente; pero pensaré en ti.

—Yo también —sonrió ella, acercándose para besarle—. En serio. Cuida de mi padre.

—Nos cuidaremos los dos… Y un día… haremos, juntos, ese viaje, tú y yo.

Otro beso.

—Tengo que irme. Prometí a mi madre comprarle algunas cosas.

—¡Tu madre! —exclamó él—. Es curioso. Pocas chicas, en tu caso, la llamarían así.

—¿Por qué? Aunque sea mi madrastra, en realidad, no he conocido a otra. Mi verdadera madre murió en el hospital, cuando apenas la conocía. Para mí era sólo un nombre. Sólo recuerdo su fisonomía, por las viejas fotos que papá guarda… Luego, pasé mucho tiempo con mis tíos, hasta que alguien aconsejó a mi padre que se casara.

—¡Y el muy bandido se casó con su secretaría! ¡Veinte años más joven, y con un tipo que casi iguala al tuyo!

—Sí, mamá y yo parecemos casi hermanas, y es muy guapa… Pero al ser joven y atractiva no ha impedido que congeniemos… Y me gusta llamarla mamá. Si vieras, cuando vamos juntas, y la llamo en voz alta… Algunas ponen una cara.

—¡Cómo que sólo tiene ocho años más que tú! —Sonrió él.

—Pues aún así, procuro complacerla. Y me voy, o me van a cerrar. ¡Fíjate! ¡Faltan veinte minutos para que cierren el supermercado! Adiós…

—Te llamaré mañana, si puedo.

—Escríbeme, desde París.

—¡Pero si regresaré yo antes de que tengas la carta!

—No importa. ¡Y ponme una conferencia!

—Descuida. Anda, ve. No quiero que, por mi culpa, contraríes a la familia.

Cuando Marión Stroedner salió a la calle, había oscurecido ya. Caminó a buen paso entre la gente que andaba apresurada por el frío y la costumbre.

Era el centro de la pequeña ciudad, cerca de las tiendas y almacenes, cuyos luminosos brillaban, aun cuando ya faltaba poco

para el cierre.

El asfalto estaba húmedo, y el cielo encapotado amenazaba nieve. Marión no miraba a nadie. Iba de prisa, y por eso no se dio cuenta del hombre que, desde la esquina, la había visto salir de la puerta de la casa en uno de cuyos pisos tenía el estudio el periodista Hans Shoen. Tampoco vio como el hombre que se cubría con abrigo negro y sombrero de idéntico color, no la perdía de vista para seguirla a distancia hasta que la muchacha entró en unos almacenes para dirigirse a la planta sótano de los mismos, donde se hallaba el supermercado.

Marión tomó uno de los carritos para depositar sus compras, mientras su seguidor tomaba asiento en una de las mesas del bar, junto a la entrada de la sección del supermercado.

CAPÍTULO II

Helga Stroedner había sido, en tiempos, la secretaria del científico Karl Stroedner. Por aquella época, ella era la señorita Keller. Luego, el profesor la convirtió en su mujer y, a partir de aquel momento, Helga Keller se convirtió en la madrastra de una muchacha ocho años más joven que ella.

Helga contaba ahora con treinta años que no aparentaba, y era alta, esbelta. Poseía belleza y distinción, y era una excelente ama de casa.

Hans tenía mucha razón al decir que era casi tan guapa como Marión. Quizá para hombres mayores que el periodista, la hermosura de Helga superaba incluso a la de la muchacha. Y aún tenía la prestancia suficiente para saber sonreír ante las dificultades. De hecho, la única dificultad que encontraba en la vida, era su precaria salud.

Bueno. Aparentemente, era una mujer sana, incluso vigorosa, pero algo andaba mal en su mecanismo interno. Algo que la medicina no acertaba a diagnosticar.

Helga estaba terminando una labor de punto, cuando sonó el teléfono.

Consultó la hora. Eran cerca de las seis de la tarde. Se levantó y fue hacia el aparato que descansaba sobre la mesita del amplio living, por cuyo ventanal podía verse el jardín que separaba la casa de la vivienda vecina. Era una zona residencial, con escaso tránsito y, por lo tanto, gozaba de una absoluta tranquilidad.

—¿Diga? —inquirió, contestando la llamada.

La voz recia, algo cansada de su marido, sonó al otro lado del hilo telefónico:

—Soy Karl, querida…

—No me digas que hoy también vas a llegar tarde.

—Lo siento, Helga… Tengo que terminar unas cosas y, con ese

viaje de mañana…

—Karl… había pensado en hacer una cena especial.

—Pero si sólo estaré ausente tres días… Perdona, no puedo entretenerme… No me esperes levantada.

—¿Tan tarde vendrás? —inquirió ella.

—No lo sé… A veces, las cosas se complican y…

En aquel momento, el timbre de la puerta interrumpió la conversación. Helga insistió:

—No vengas muy tarde.

—No te puedo asegurar la hora. Prepara la maleta tú misma. Sólo lo imprescindible. Sabes que detesto ir cargado.

El timbre insistió machaconamente.

—Disculpa un momento, Karl. Están llamando.

—Bueno, cuelga…

—No, espera, Karl.

—Es igual, querida. Sólo llamé para que no me esperaras. Anda, ve, que tengo trabajo.

—Pero, Karl…

El timbre sonaba por tercera vez. Quien estaba llamando parecía tener prisa.

—Hasta luego, querida. No puedo entretenerme. De veras. Y por favor, acuéstate.

—Está bien, está bien…

El timbre seguía sonando.

—¡Qué prisas! —exclamó la mujer, colgando el auricular.

Le fastidiaba que, después de una tarde tranquila, sonara todo a la vez. Quizá le hubiese gustado seguir hablando con su marido. Le habría insistido para que regresara pronto, aunque él no le hubiese hecho caso.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Dichoso trabajo! ¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó, caminando hacia la puerta.

Sabía que su hijastra no podía ser. Ella llevaba la llave y, además, era temprano aún para que regresara. Imaginaba que había pasado la tarde con Hans, y que luego tendría que correr para ir al supermercado a comprar. Sonrió, pensando en la muchacha, en lo felices que eran todos…

Abrió la puerta de la casa y…

—¿Eh? —Ahogó una exclamación de asombro y de horror a la

vez, ante lo que tenía enfrente.

—No… No… —Balbució, retrocediendo con los ojos grandes como platos, y la mirada impregnada de espanto…— ¡Dios mío! ¡No…!

Algo avanzó hacia ella… Una sombra que se agrandaba, por efecto de la luz que colgaba sobre la puerta del rellano.

—No… ¡No! —gritó con todas sus fuerzas.

Nadie podía oírla. Nadie. La casa era ocupada únicamente por la familia, y las viviendas cercanas estaban perfectamente aisladas por el jardín.

Helga tragó saliva. Intentó articular algo… quizá gritar con más fuerza, pero su voz quedó prendida en su garganta, negándose a salir.

Jadeó como si hubiese hecho una larga caminata y se sintiera agotada.

Le costó un enorme trabajo poder respirar, y siguió retrocediendo, aterrorizada.

Por fin…

Algo falló en su sistema nervioso, sintió como si la sangre dejara de circular por sus venas. Un súbito mareo lo convirtió todo en borroso, y luego, en el negro más absoluto.

No sintió nada, no oyó nada, únicamente tuvo la sensación de que caía en un abismo profundo, muy profundo.

Luego, la nada…

CAPÍTULO III

Faltaba un minuto para las seis de la tarde cuando Marión pagó la cuenta del supermercado y, cargada con un par de bolsas, se dispuso a salir a la calle.

El hombre enlutado que había permanecido en el bar, siguiendo los movimientos de la muchacha, se adelantó a ella y salió antes a la calle, dirigiéndose hacia un automóvil aparcado en la zona de pago, frente a la hucha correspondiente. Subió a él, y aguardó.

Marión tenía su «BMW» en el mismo aparcamiento. Buscó la llave y, tras abrir la puerta delantera, metió las dos bolsas de la compra en el asiento de atrás, y entró en el vehículo, dispuesta a ponerlo en marcha.

Tras dar el contacto, escuchó el sonido del motor, y puso el pie en el pedal del embrague. Algo falló.

Volvió a accionar la llave, y continuó el fallo.

—¿Qué demonios le ocurre a ese cacharro? —exclamó en voz alta, intentando, una vez más, la puesta en funcionamiento del vehículo.

No lo consiguió.

El hombre del abrigo negro consultó su reloj. Eran las seis y siete minutos. Bajó tranquilamente del coche, y se aproximó al «BMW» de Marión.

Ella seguía intentando que el motor funcionara.

—¿Alguna dificultad? —inquirió el hombre del abrigo negro, al tiempo que se llevaba la mano al sombrero.

—¡Oh! No sé qué le ocurre. Siempre ha funcionado bien… Hace un par de horas lo dejé aquí y…

—¿Me permite? —Repuso el hombre amablemente, yendo hacia el capó—. Abra, por favor.

Ella quitó el seguro, y la tapa del capó quedó libre. El hombre lo levantó y miró hacia dentro, ayudándose con una pequeña linterna.

—Dé el contacto otra vez —dijo el hombre.

Ella obedeció, al tiempo que preguntaba:

—¿Entiende usted de esto, señor?

—Un poco… ¡Vamos! Dele otra vez.

—Es lo que estoy haciendo…

—Si tiene prisa, puedo llevarla —murmuró él, consultando su reloj y aproximándose a la ventanilla—. ¿Vive lejos?

—Un poco…, pero si esto no arranca, puedo tomar el autobús en la esquina.

—Puedo acompañaría yo —insistió el del abrigo negro.

—No se moleste…

—No es molestia, pero espere aún. Quizá pueda arreglarse. Echaré otro vistazo. —Y el hombre volvió al capó, y empezó a manipular, con sus manos enguantadas.

Marión no podía ver lo que estaba haciendo, y aguardó, siguiendo las instrucciones que su ayudante le marcaba.

En realidad, lo que estaba haciendo el hombre era consultar el reloj, dejando transcurrir los segundos.

—¡Qué! ¿Ve algo? —exclamó ella—. Si no puede arreglarlo, déjelo. Llamaré al taller, que pasen a recogerlo.

—No sea impaciente —repuso el hombre, fingiendo el arreglo.

Ella lanzó un suspiro. Era impaciente, y lo estaba demostrando, aunque, en realidad, no tuviera demasiada prisa, puesto que su padre no solía llegar hasta las siete, y aún quedaba tiempo suficiente para que su madre pudiera preparar la comida. Es lo que ella pensaba.

El hombre consultó el reloj. Eran ya las seis y trece minutos.

—Bueno —dijo—. Creo que esto va a funcionar muy pronto. Pruebe ahora…

Había puesto algo… algo que había sacado de su bolsillo. Lo atornilló cuidadosamente, y el motor funcionó a la perfección.

—¡Estupendo! —exclamó Marión.

El hombre cerró el capó, sin ninguna prisa, y se aproximó a la ventanilla.

—Muchas gracias —dijo la muchacha, mientras el individuo acercaba de nuevo la mano al sombrero, en actitud de saludo.

—¿Lo ve? Todo arreglado.

—Ha sido muy amable.

—Encantado de haber podido serle útil. Buenas tardes, señorita.

—Adiós, señor —repuso ella, echando ya la marcha atrás para sacar el auto del aparcamiento.

El hombre quedó mirando el «BMW» cuando éste se mezclaba ya con los demás coches que cruzaban el centro de la pequeña ciudad. Luego, el vehículo se perdió en una curva de la calle, y Marión condujo hacia su barrio, a las afueras, allí donde todo era tranquilo, y se respiraba una atmósfera pura, sin polución y una paz más que envidiable.

A lo lejos, sonó la sirena de una ambulancia. Minutos más tarde, Marión llegaba a su casa.

Dejó el auto en el garaje situado en la parte trasera, y cruzó luego por el césped para meterse por la puerta principal.

—¡Mamá! —gritó, esperando que Helga le evitara tener que dejar los paquetes en el suelo para abrir la puerta con la llave.

Pero como nadie le respondió, dejó las bolsas e introdujo la llave en la cerradura.

Abrió.

El hall aparecía en orden. El mismo orden de siempre. Había una débil luz en la casa.

—¡Mamá! —volvió a llamar Marión, sin levantar demasiado la voz.

El silencio fue la respuesta.

—¡Helga! ¿Dónde te has metido? —Sonrió, avanzando hasta asomar la cabeza por el salón.

No. Helga no estaba.

—Bueno. No hace falta jurarlo. No hay nadie —dijo, hablando consigo misma.

Cerró la puerta con el pie, y llevó los dos paquetes a la cocina. Los dejó y fue hacia el dormitorio para asegurarse de que realmente no había nadie en casa.

Se encogió de hombros, y murmuró:

—Bueno… No deberá tardar.

Entonces sonó el teléfono, y Marión fue a cogerlo.

—¿Quién es?

—¿Es la casa del profesor Stroedner? —preguntó la voz, grave, masculina.

—Sí… ¿Quién es, por favor…?

—¿Con quién hablo? —preguntó la voz.

—Soy Marión. La hija del profesor Stroedner…

—¡Ah, señorita! Ponga atención, tengo que darle una mala noticia… —y la voz grave y pastosa siguió hablando… y hablando… ante el estupor de Marión, que sólo atinó a murmurar:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

CAPÍTULO IV

Eran las ocho de la tarde cuando el conferenciante, profesor Loockwood, consumía el aperitivo que había estado compartiendo con varios amigos, admiradores o seguidores suyos en la Kaiser Gastaste.

—Señores, me he permitido preparar una pequeña cena en mi apartamento. Todos ustedes están invitados.

Hubo un murmullo de aprobación. Indudablemente, los seguidores de Loockwood gustaban de su conversación, Eran cinco en total, a los que había que sumar su criado personal, al que él llamaba secretario.

El secretario respondía al nombre de Norman. Era inglés, como el propio Loockwood, y extremadamente callado.

Norman había asistido a la reunión después de la conferencia, y ocupaba una silla, algo más apartado de la mesa donde los otros habían estado departiendo y acosando a preguntas al profesor.

—¡Norman! —Exclamó Loockwood, sin levantar la voz—. Pregunta si todo está preparado en casa.

El criado se levantó y, con una leve inclinación de cabeza, desapareció hacia el teléfono. Anduvo con paso seguro y mirada inexpresiva.

—He alquilado un apartamento para el tiempo que permanezca en esta encantadora ciudad. Me encanta.

—¿Es que piensa quedarse aquí? —inquirió el doctor Schnneider.

—Deseo descansar. La conferencia de esta tarde era un deber ineludible, pero será la última, en algún tiempo. Éste es un lugar magnífico, y me debía unas vacaciones. En realidad, no serán tales, puesto que no existe el ocio para mí. Nunca se acaba de saber lo suficiente. La ciencia no tiene fin. Uno piensa, piensa… y no acaba. Pero aquí tendré la tranquilidad que tanto necesito…

La llegada del silencioso y eficiente Norman interrumpió a Loockwood quien, dirigiéndose al criado, inquirió:

—¿Todo en orden?

—Sí, señor. La cena está preparada.

—Bien, Norman. Puedes ir tú delante. Toma mi coche. Estoy convencido de que cualquiera de estos caballeros me llevará en el suyo.

Schnneider fue el primero en ofrecerse, aunque, en realidad, todos parecían rivalizar en querer llevar al profesor.

Loockwood añadió, dirigiéndose a Norman:

—Dispónlo todo. Tú ya sabes.

—Sí, señor…

Cuando Norman se alejó, Schnneider comentó:

—Tiene una maravilla de secretario. Parece uno de esos hombres del futuro, que usted preconiza…

El profesor sonrió, complacido, pero no hizo ningún comentario. Su sonrisa era un tanto enigmática, pero ninguno de sus amigos entró en detalles.

—Señores. Adelante —dijo con un ademán, y todos dejaron el local. Eran las ocho y dos minutos.

* * *

Eran las ocho y dos minutos cuando otro profesor —Stroedner— salió de su automóvil, que acababa de detenerse en la residencia-hospital Arcaro, a diecisiete kilómetros del centro de la ciudad.

El edificio se levantaba en medio de un prado exuberante, y a simple vista se apreciaba la comodidad y el gusto que presidía en cada detalle.

Tenía piscina cubierta, climatizada, solárium, bungalows privados, salas de recreo y deporte, pistas de tenis, de hípica…

Tenía de todo.

Claro que el profesor Stroedner no estaba allí para apreciar el lujo en la entidad.

Bajó apresuradamente del coche, en el momento que por la puerta principal asomaba Marión.

—¡Oh, papá! —exclamó, corriendo a su encuentro,

—¿Cómo… cómo ocurrió? ¿Por qué no me has llamado antes? —preguntó Stroedner, junto a su hija.

—Me dieron la noticia, apenas llegar a casa… Me asusté, de verdad, pero primero quise comprobar por mí misma… cómo estaba. No quería alarmarte, sin motivo.

—¿Sin motivo? ¡Dios mío! ¿Cómo está?

—Sólo he podido verla a través del cristal. No permiten que reciba visitas todavía. El doctor Arcaro dice que padece un fuerte *shock*, y es mejor dejarla descansar.

—Pero…, ¿qué ha podido ocurrir?

—No lo sé, papá.

Entraron en el establecimiento. Se cruzaron con algunas enfermeras y, por el fondo del pasillo, apareció un hombre, enfundado con una bata blanca.

—Es el doctor Arcaro —indicó Marión a su padre, mientras el joven médico caminaba hacia ellos.

Arcaro, con el gesto grave, se plantó ante el profesor Stroedner, a quien saludó, después de que Marión le hubiera presentado.

Era un hombre joven, de mirada serena y aspecto agradable.

—En primer lugar, ya le habrá dicho su hija que no debe usted alarmarse. El *shock* que ha sufrido su esposa, sin duda, fue tremendo, pero se repondrá. En realidad, ahora ya está mucho mejor. Tenemos un sistema especial para controlar a nuestros enfermos, segundo a segundo. El electrocardiograma funciona constantemente, y también el electroencefalograma, y los aparatos para la toma de tensión. Fue una suerte poder tomarla a tiempo…

—¿Qué fue lo que pasó, doctor…? Mi hija dijo que la llamaron poco después de las seis. Hacía poco que había hablado con mi esposa y me pareció que se hallaba perfectamente. Claro que no pude charlar mucho con ella. Y ahora me pesa…

—No se atormente, profesor. Sin duda, fue algo repentino… Pero ya hablaremos de ello, con más calma. Cuando usted regrese…

Y ante el gesto de extrañeza de Stroedner, el médico añadió:

—Su hija me ha dicho que mañana sale usted para Francia…

—Sí, pero…

—No, no, profesor. Puede usted viajar tranquilamente. Cuando regrese, su esposa se encontrará perfectamente; pero necesitará descanso…

Arcara invitó al profesor a entrar en su despacho. Marión les acompañó:

—No. No puedo decirle lo que ha ocurrido, pero es claro que su esposa no está… digamos, equilibrada.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, es algo referente a su salud. Usted debe saberlo, profesor.

—Efectivamente, Helga no se encontraba muy bien. Algo del sistema nervioso, pero nuestro médico particular jamás nos dijo que fuera cosa grave.

—Bueno. Es probable que su médico no le efectuara ningún reconocimiento a fondo.

—¿Cómo… ha venido a parar mi esposa aquí, doctor?

—Fue una casualidad y una suerte al mismo tiempo que la señora Stroedner hubiese citado a uno de nuestros médicos. Fue él quien la encontró en su casa, profesor. La puerta estaba abierta, y su esposa se hallaba tendida en el suelo, sin apenas respiración… Sí. Fue una gran suerte. Créame.

—Dice que uno de sus médicos… —El profesor iba de sorpresa en sorpresa.

—Evidentemente, profesor, su esposa no debía estar muy de acuerdo con el diagnóstico de su médico particular, y un día acudió a uno de nuestros consultorios. Allí se la reconoció adecuadamente, y se le aconsejó un descanso. Ella dijo que lo pensaría… Bueno, comprendemos estos casos. Seguramente, su esposa no quería inquietarle a usted, y por eso demoró esa cura que le recomendamos.

—¿Sabías algo de esto, Marión? —preguntó el profesor a su hija.

Ella negó.

—¿Es grave lo que tiene? —preguntó, por fin, Stroedner al doctor Arcara.

—Bueno. No. Su esposa es joven, y superará esta depresión. Son sólo unos días. Aquí estará bien atendida. Eso se lo garantizo.

—Tal vez unas vacaciones… —insinuó Stroedner.

—Ahora no es el momento más oportuno. Ya hablaremos.

—Quisiera verla, doctor Arcara.

—Bueno. Veré cómo está. Si es posible hablarle, sea breve, por favor. No la atosigue a preguntas. Está fatigada. Es natural…

Y mientras el médico, tras consultar por el teléfono interior, acompañaba al profesor y a su hija a través de un largo corredor,

Stroedner no cesaba de repetirse:

—Si se encontraba mal debió decírmelo… ¡Dios mío! Estoy tan ocupado en mi trabajo que…

—Por Dios, papá, no te atormentes. Debió sufrir un desmayo. Ya has oído al doctor Arcara; se pondrá bien.

Poco después, la amplia sonrisa de Helga tranquilizó algo más al profesor Stroedner. No obstante, era evidente que su esposa se hallaba cansada. Muy cansada.

—Me han dicho que no hablemos, querida, pero no pienso moverme de aquí.

—No seas niño. Tú tienes tu trabajo. Yo sólo necesito descanso…

—Sí, pero…

—Anda. Márchate tranquilo. Éste es un buen sitio…

Luego, Stroedner y Marión se alejaron. Helga siguió en su estado de postración, cansada, físicamente agotada, como si en un par de horas la hubiesen cargado de años. Sin embargo, seguía siendo bonita.

Apenas salieron, el doctor Arcaro se unió a ellos y, con su voz suave, pero resuelta, preguntó, sin ambages:

—¿Desde cuándo su esposa se imagina ver cosas?

La sorpresa de Stroedner no hubiese sido más acusada si alguien acabara de apuñalarle por la espalda. Se quedó clavado, mirando de hito en hito a su interlocutor.

—Disculpe. Quizá debí habérselo dicho de otra forma —se excusó Arcaro.

—¿Ha dicho usted que mi esposa imagina cosas?

—Sí, doctor… Ella aseguró haber visto algo que sólo puede existir en su imaginación. Estaba aterrorizada, profesor. Y ésta no es la primera vez.

—No… No sé de qué me habla… Helga nunca me dijo…

—Seguramente, temió que usted no le creyera…

—Pero es absurdo. ¡Absurdo! ¿Qué es lo que mi mujer dijo haber visto, doctor?

—Nada… Bueno, sí. Dijo que habían llamado a su casa, y que en el umbral de la puerta apareció una cosa… Un… monstruo.

—¿Un… monstruo? Hable claro, por favor. Esto es increíble…

—Claro que es increíble, profesor. Pero ella está convencida. Convencida de haber visto a un ser con aspecto humano, pero

que… tenía dos cabezas.

CAPÍTULO V

Marión fue a ver a Hans, aquella misma noche. Eran cerca de las doce, y el joven periodista estaba dándole a la máquina de escribir. Se alegró de ver a la muchacha, pero en seguida comprendió el dramático momento que ella estaba viviendo.

Le dio algo de beber, y la escuchó atentamente:

—Papá ha ido a ver a nuestro médico, y la verdad es que insiste en que lo de mamá es sólo de tipo funcional, y, por supuesto, jamás le habló de haber visto apariciones… o haberlas imaginado siquiera. Sin embargo, en la ficha del doctor Arcaro figuran las consultas que Helga solicitó. Había ido otras dos veces, y en la segunda le habló de esas pesadillas.

—Quizá no quiso alarmaros —repuso el joven.

—Estoy un poco asustada, Hans, pero no quiero que papá me lo note. El tiene mucha ilusión por asistir a ese congreso. Está dispuesto a quedarse, pero aquí no puede hacer nada. Ya se lo ha dicho el doctor Arcaro. Helga necesita descanso y que se evite hablar, delante de ella, de esas cosas. Que no se le hagan preguntas ni se sienta en exceso mimada.

—Bien. Si lo que pretendes es que intente persuadir a tu padre para que mañana tome el avión, lo haré, pero el profesor es bastante terco…

—Quiero que le cuides, Hans. Está muy abatido. Él quiere mucho a Helga, y todo lo que le afecta a ella, le repercute en gran manera.

—Lo comprendo… ¿Dónde está ahora?

—En casa. De la clínica, nos han hecho volver,

—¿Arcaro, has dicho?

—Sí.

—Ya. Creo que la he oído nombrar. Es una especie de balneario de altos vuelos.

—Sí. Parece un hotel de lujo.

—Seguro que estará bien. Bueno. Vamos a tu casa. A ver si consigo convencer a tu padre.

Sí. Al día siguiente, el profesor Stroedner tomaba el avión en el aeropuerto de Dusseldorf, con destino a París. Le acompañaba Hans, aunque no viajaron en el «chárter» previamente contratado, sino en otro vuelo posterior porque Stroedner no quiso irse de Alemania sin antes ver cómo estaba su esposa.

A las nueve de la mañana, estaba en la clínica Arcaro y, después de despedirse de ella, y no sin antes haber oído de labios del director que Helga había pasado una noche excelente, y se encontraba mucho mejor, decidió marchar. Hans estuvo con él en todo momento, y ahora, juntos, volaban hacia la capital del Sena, con un par de horas de retraso.

—Lo siento por ti. Te perderás la recepción, aunque eso a mí es lo que menos me importa.

—¡Bah! Los compañeros me harán un resumen de lo ocurrido. Estas cosas siempre son iguales. Incluso los canapés y el champaña que sirven…

Hans trataba de mostrarse animado, pero Stroedner no podía ocultar su contrariedad.

Y su ánimo hubiese empeorado notablemente, de haber podido comprobar lo que estaba ocurriendo en la clínica, en aquellos momentos.

Eran las doce y treinta minutos del mediodía. Helga se había levantado.

—Puede dar un paseo, si se siente con ánimos, pero no se fatigue —le recomendó uno de los enfermeros.

No se había decidido a nevar, pero el día había amanecido gris y frío, por lo que algunos preferían tomarse un baño en la piscina climatizada, o hacer ejercicios suaves en el gimnasio, o tal vez jugar al *ping-pong*.

Eran muy pocos los que paseaban. No obstante, Helga sentía la necesidad de percibir el frío en su rostro y de reflexionar.

—No… No lo he soñado —se repetía—. No fue una visión lo que vi anoche… Y es la segunda vez.

Recordó cómo había ocurrido en la primera ocasión. Fue en Dortmund, dos semanas antes. Había ido a visitar a su madre y,

cuando salió, había oscurecido. Tomó el autobús para dirigirse al gran aparcamiento, junto al parque. Allí había dejado el automóvil, como hace la mayoría de la gente, para evitar el tráfago del centro.

Hacía bastante frío, y se entretuvo buscando el auto. No es que hubiese muchos, pero ocurrió que no estaba en el mismo sitio donde lo había dejado. O al menos, ella hubiese jurado que lo había aparcado al lado del edificio del Palacio de los Deportes, y en realidad, lo halló en el lado opuesto.

No quiso decir nada al guarda porque no andaba por allí, y además, era tarde y deseaba regresar a su casa. Le quedaban cien kilómetros de carretera, lo que equivalía a tres cuartos de hora, pisando fuerte por la autopista.

Al ir a poner el coche en marcha, algo falló y, mientras intentaba localizar la procedencia de la anomalía, tuvo el presentimiento de que unos ojos la estaban mirando con insistencia.

Y tuvo razón. Eran unos ojos. Cuatro, exactamente. Cuatro ojos, que pertenecían a dos cabezas… Dos cabezas unidas al mismo tronco.

Fue una visión fugaz. Algo que le hizo lanzar un grito de terror. Luego, encendió los focos a tepe, y la visión desapareció por completo.

A lo lejos, alguien corría, perdiéndose en la inmensidad del aparcamiento.

El guarda se aproximó. Había oído el grito.

—¿Le ocurre algo, señora?

Ella miró hacia el fugitivo. Sus pasos habían dejado ya de resonar sobre el asfalto. No estaba allí. ¿Qué iba a contarle al guardia?

Trató de serenarse. Tenía que recorrer cien kilómetros, y las autopistas irían a tope. Necesitaba hallarse tranquila…

Luego, por ruta y pensando en la visión, fue tranquilizándose y repitiéndose a sí misma que lo que había creído ver era solo un efecto óptico, a consecuencia del cristal parabrisas o… ¡Cualquiera sabe!

No quiso hablar con nadie, pero aquella noche tuvo una horrible pesadilla, y volvió a soñar lo mismo.

Antes de dormirse, la había llamado el doctor Arcaro para preguntarle cómo se encontraba:

—Me debe una visita, señora Stroedner. Quedamos en que volvería al cabo de un mes. Lo tengo anotado.

—Me encuentro perfectamente, doctor —repuso ella, y en aquel momento lo estaba, pero el doctor Arcaro parecía tener la rara habilidad de leer en la mente de las personas, incluso a través del hilo telefónico.

—¿De veras? Noto su voz alterada. Como si tratara de autoconvencerse. Esto puede ser bueno. Indica que no es usted aprensiva. Pero puede ser malo, si trata de ocultar al médico lo que le sucede realmente…

A través del hilo, también, Helga escuchó una melodía. Arcaro tenía una forma muy suave de tratar a sus pacientes; su despacho lo era todo menos el gabinete de un médico. Sabía escoger la música, dejaba hablar a las personas, sabía cómo tratarlas.

—Bueno… Me he asustado un poco, antes de llegar a casa. Pero no ha sido nada.

—¿Un susto?

—Sí, Seguramente, era un ladrón…

—Si sólo fue esto. Pero… debería contármelo.

—No tiene importancia, doctor.

—Eso soy yo quien debe decirlo…

Helga insistió en que era una tontería, pero acabó por decírselo, añadiendo:

—No lo anote en la ficha. No existen hombres con dos cabezas.

Arcaro se volvió súbitamente serio; luego le recomendó que se relajara y fuera a verle a la mañana siguiente.

Y ella obedeció. Y no lo hizo tanto por la recomendación de Arcaro como por lo que sucedió aquella noche.

La pesadilla.

Una pesadilla tan real, que habría jurado que era auténtica… Allí, en medio del laboratorio del hospital —de un extraño y siniestro hospital— entre tubos de ensayo, extrañas botellas conteniendo cuerpos que se movían, cuerpos monstruosos, de rostros monstruosos. Seres deformes, entes fantasmales, que la envolvían, corazones que latían en el interior de recipientes de cristal en ebullición. Burbujeos de extraños y efervescentes líquidos, murmullos indescriptibles, sonidos, gritos tétricos y lúgubres y, en medio de aquel decorado de pesadilla, el hombre de las dos

cabezas, que la seguía, con su doble mirada fija en ella.

Entonces tropezó con algo y cayó. Así fue cómo despertó, gritando…

Gritó, gritó…

Su esposo no estaba en casa. Era otro de los muchos días que había avisado que llegaría tarde, y Marión, aquella noche de fin de semana, fue de excursión con Hans, y no iba a regresar hasta el lunes.

Helga consultó el reloj. Era la medianoche. Se levantó y se preparó algo. Se sentía agitada, incapaz de conciliar el sueño, y temerosa a la vez de volver a repetir aquella horrible pesadilla.

La ingestión de un par de somníferos no le ayudó al principio, pero luego, su cuerpo fue relajándose hasta quedar dormida sobre la cama.

Fue a la mañana siguiente cuando, ya más descansada, notó que le dolía la rodilla, y descubrió un pequeño corte.

Instintivamente, recordó:

—¡El hospital! ¡El sueño!

Así se lo dijo al doctor Arcaro, cuando fue a visitarle.

—No diga esas cosas, señora Stroedner. Usted soñó lo que creyó haber visto en el aparcamiento de Dortmund. Esto es una cosa normal. Vio algo que no era corriente, y quedo grabado en su subconsciente; luego, lo revivió en sueños…

—Pero ese corte en la rodilla…

—Se caería usted cuando despertó, después del mal sueño.

—No lo sé… No lo recuerdo.

—Está confusa y nerviosa; tranquilícese, por Dios. —Arcaro trataba de calmarla.

—Lo vi todo tan real… Esas cosas no pueden inventarse… Pase lo del monstruo, pero ese laboratorio oscuro, lleno de cosas extrañas. ¡Yo no he podido inventármelo!

—Usted ha visto laboratorios. Su marido es científico. Tubos de ensayo, probetas, retortas… Es cosa corriente… Su imaginación puso todo lo demás.

No. Ella no estaba demasiado convencida, aunque trataba de admitir las palabras de Arcaro, que concluyó diciendo:

—De lo contrario, señora Stroedner… si usted asegura haber estado en este lugar, estando dormida, habría que admitir que es

usted sonámbula… o algo peor.

Ella guardó silencio.

—No, señora Stroedner, usted sufre un trastorno nervioso, pero nada más, y así lo haremos constar. De lo contrario, habría que admitir que su caso es grave. Y no… Es usted demasiado joven y demasiado hermosa para…

—¡Doctor! ¿Qué es lo que intenta decirme? ¿Acaso insinúa que estoy perdiendo la razón?

—Perder la razón es algo muy ambiguo, señora Stroedner. No… No es ésa la palabra. Diga a su marido que quiero hablar con él. No hay prisa. Al menos, eso espero…

—¿Por qué quiere hablar con mi marido?

Aquel deseo de Arcaro, aquella súbita petición, fue la gota que colma el vaso, y, en aquellos momentos, la fría serenidad del apuesto Arcaro la asustó.

Y Arcaro depuso su actitud, como si quisiera tranquilizarla:

—¡Oh! Intentaré convencerla para que pase usted unos días de descanso en mi clínica. Es un lugar maravilloso. Al menos, eso dicen mis clientes. Venga cualquier día. Se la mostraré. Luego, usted misma decidirá lo que le convenga…

No. Helga no se decidió a hablar con su esposo. No quería preocuparle con tonterías. Al fin y al cabo, sólo había tenido una pesadilla, y un defecto óptico le había jugado una mala pasada. Eso era todo. ¿Por qué tenía que preocuparse? ¿Por qué se había dejado afectar o impresionar por las palabras de Arcaro?

¡Bah! Dentro de unos días todo estaría olvidado… Eso creía, quizá porque, lejos de Arcaro, se sentía más valiente…

Pero las pesadillas volvieron, y la segunda vez fue en una azotea llena de chimeneas, de recipientes grandes y pequeños, de bultos y de sombras y, entre ellas, el monstruo que la perseguía. ¡Y la alcanzaba!

Lucharon los dos.

Atenazada por el miedo, Helga no lograba sacudirse el acoso de aquella criatura repelente indescriptible, que la empujaba, intentando echarla al vacío.

Fue una pelea imposible de narrar, y Helga estaba convencida de que iba a morir.

Estaba a punto de perder el conocimiento, cuando un portazo la

despertó.

Ella gritó, y se encontró sola otra vez…

¿Por qué tenía pesadillas siempre que se quedaba a solas?

Luego, apareció su esposo; acababa de llegar del laboratorio, y el golpe que había oído era la puerta del garaje, al cerrarse.

No. Tampoco le contó nada al esposo. Al fin y al cabo, había sido sólo una pesadilla.

—¿No duermes? —le preguntó él.

—Acabo de despertarme.

—¡Oh, esa puerta! Hoy, hace un viento espantoso.

Sí. Hacía viento… Eso también lo recordaba de la pesadilla.

¡De la pesadilla!

Sí, porque, por la tarde, cuando salió, no soplaba ningún viento. El día fue más bien apacible. El aire sopló a partir de las diez, pero ella no podía saberlo porque estaba dormida… Entonces, ¿por qué en aquella azotea soplaba el aire?

Se tocó el pelo, y lo encontró revuelto. ¿De dormir? Es posible que se hubiese agitado con aquel sueño, pero…

Se miró al espejo, y vio ante sí un rostro cansado, agotado…

¿Había soñado realmente aquello?

Volvió a la cama, mientras su marido se preparaba un vaso de leche de la nevera.

Cuando se cubrió con las sábanas, pensaba aún en las manos del monstruo y, lo que era peor, tenía la sensación de «sentirlas» todavía en su garganta…

Helga Stroedner dejó de recordar aquel pasado muy próximo, que había culminado la noche anterior, con la visita del monstruo a su propia casa.

Ahora, en la clínica, caminando en la soledad del prado, pensaba si realmente todo aquello no era un síntoma evidente de que estaba perdiendo la razón.

Se había alejado del núcleo principal, donde se levantaban los edificios del centro.

El valle ascendía hasta el montículo rematado por un caserón del más puro estilo de las viejas mansiones de la Westfalia.

Estaba ya muy cerca y siguió andando por aquella inmensa alfombra verde, notando sobre su rostro el frío helado de la suave brisa.

Llegó junto a la casa. De cerca, era mucho mayor, de lo que parecía en la distancia. Constaba de tres plantas y, aunque no parecía estar abandonada, sí que necesitaba una buena reparación.

Desde allí, los edificios de la clínica quedaban lejos, pero Helga estaba convencida de que el caserón pertenecía también a los mismos dominios.

La puerta principal de doble hoja estaba entornada. Crujió, y Helga tuvo un sobresalto.

—Tengo que sobreponerme. ¡Dios mío! Me asusto por cualquier cosa… Tengo que dominar el miedo. Es necesario —se dijo a sí misma, infundiéndose valor.

Quería demostrarse que su equilibrio era total y que era plenamente responsable, por eso avanzó hacia la puerta, por eso la empujó.

Por eso…

Por eso quedó inmóvil, mirando, aterrada, hacia un lugar en el oscuro interior de la casa.

Creyó oír una voz que gritaba:

—¡Jurgens, vuelve aquí!

Ella intentó gritar también, pero la voz no le salió. Tenía algo en la garganta que le impedía hablar siquiera, que le impedía incluso respirar.

Dos pares de ojos la estaban mirando, dos pares de ojos, pertenecientes a una sombra.

¡Una sombra con dos cabezas!

CAPÍTULO VI

Sí. El profesor Stroedner hubiese dado la mitad de su vida para poder estar en la clínica en aquellos instantes, pero el científico jamás iba a saber lo que, en realidad, sucedió en el caserón de la colina.

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Orly, y, hasta el día siguiente, Hans no supo una mínima parte de lo ocurrido.

La llamada telefónica procedía de Alemania, de persona a persona. Hans tomó el auricular. Al otro lado del hilo, estaba Marión.

—No sé qué ha ocurrido exactamente, Hans, pero no me dejan verla…

—¿Ha empeorado?

—Por lo visto. Allí nadie quiere decirme nada. El doctor Arcaro no está, y los enfermeros tienen órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie. Lo único que he podido saber es que tuvo una recaída.

—Si quieres que avise a tu padre…

—No lo sé, Hans. Te he llamado a ti porque lo necesitaba, pero la verdad es que papá poco podrá hacer, y decírselo sólo serviría para proporcionarle angustia.

—De todos modos, tiene que saberlo. Te ha llamado dos veces, y no estabas. Lo intentará otra vez; eso, si no llama a la clínica.

—Ya lo ha hecho, pero allí no dicen nada. Para ellos, todo sigue su curso… No sé, Hans…, pero no me gusta ese sitio. Tiene algo extraño. Quizá pienses que son aprensiones mías, pero…

—Tranquilízate. Intenta saber noticias esta tarde, y vuelve a llamarme. A las siete, estaré de vuelta. No me moveré del hotel hasta recibir tu llamada. ¿De acuerdo?

—Sí, Hans.

Marión se quedó más tranquila. Aún separados por la distancia, sabía que no estaba sola.

Sin embargo, lo que no la abandonaba era el presentimiento. Aquella clínica tan lujosa, tan bien dispuesta. Sin embargo…

Por la tarde, le dijeron que Arcaro todavía no había vuelto.

—Lo sentimos, pero debemos seguir sus instrucciones.

—Escuchen… Se trata de mí madre…

Los dos enfermeros la miraron con una cierta sonrisa, que no lograron disimular.

—¡Está bien! Es mi madrastra, pero la quiero. No querría más a una hermana, y sé lo mucho que ella significa para mi padre. Tengo derecho a verla.

—¿Cree que así estará más tranquila?

—Si no me dejan entrar, buscaré el medio de hacerlo —aseguró Marión, resuelta.

Nueva mirada de los dos enfermeros. Uno de ellos murmuró:

—Bueno. Pero a través de la ventana. Es todo lo que puedo hacer.

La acompañaron hasta la antesala de la habitación. Allí estaba el ventanal cubierto con una cortina interior que, sin embargo, podía descorrerse desde fuera.

Una enfermera salía en aquellos momentos de la habitación, llevando una jeringuilla.

—¿Cómo está? —preguntó.

La enfermera miró a sus colegas masculinos, y siguió su camino, sin dar ninguna respuesta.

—¿Qué pasa? ¿Es que todos se han vuelto mudos? ¿Qué es lo que ocultan?

Para calmarla, uno de los hombres pulsó un botón, y se descorrió la cortina.

La habitación aparecía sumida en la penumbra. La única luz era una bombilla de noche, que apenas iluminaba la cama.

Marión pudo ver el balón de oxígeno y la cámara de plástico envolviendo la cama, dentro de la cual alguien, al que no logró reconocer, estaba tendido, aspirando el aire artificial y llevando clavado en la vena la aguja del gota a gota.

—Ya ha visto a su madre —dijo uno de los enfermeros, y cerró la cortina.

—Helga… —murmuró ella.

—¿La llama así? —inquirió el hombre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la muchacha, a su vez.

—Un accidente.

—¿Un… accidente?

—Trataba de huir. La atropelló un coche en la carretera, pero no nos descubra. Fue un fallo. Debimos vigilarla. El doctor Arcaro está furioso… Bien. Ahora ya ha visto a su… bueno, a la paciente. Vamos.

Marión no estaba convencida. Había visto en verdad a «alguien» tendido en una cama, aspirando un balón de oxígeno, pero… ¿Era Helga, en realidad?

No hizo el menor comentario, fingió aceptar las explicaciones del enfermero, y tomó la delantera para alejarse de la antesala.

—¿Se irá a su casa? —inquirió el enfermero.

—Por supuesto. ¿Aquí, no puedo quedarme?

—No.

—Bien. Gracias. Y no se preocupen. No pienso hablar con el doctor Arcaro —comentó ella.

Poco después, salía hacia el *parking*. La vieron alejarse, pero Marión no pensaba tomar el coche, ni mucho menos.

El aparcamiento para los visitantes quedaba cubierto por la vegetación, entre los arbustos, en una zona menos elevada. Se metió allí, y comprobó que nadie podía verla; luego, tomó un sendero entre la maleza y corrió a lo largo de una de las edificaciones de la clínica para que nadie la descubriera.

Entre los claros, pudo ver cómo los enfermeros desaparecían hacia el interior del edificio. Entonces, ella intentó orientarse. Estaba decidida a ver a su madrastra… a hablar con ella… Tener la certeza de que la mujer que había visto era «ella». De que «vivía».

Pero tuvo que esperar. Desde el punto que había elegido para inspeccionar el lugar, le pareció ver más celadores que de costumbre.

Faltaba poco para las siete. Era la hora que había convenido para llamar a Hans, pero ante todo deseaba ver a su madrastra. Averiguar, por sí misma, lo que había ocurrido.

Esperó.

El lugar ideal para hacerlo era un leñero. Una construcción pegada a las cocinas, y demás departamentos de servicios de la clínica. No había nadie y sí muchos bultos, tras los cuales poder

esconderse.

Se escondió detrás de un montón de troncos, y fue testigo de cómo un servidor cargaba varios de ellos en una carretilla para llevarlos a la caldera que alimentaba el fuego.

No. No la vieron. Nadie podía saber que ella estaba allí…

¿Nadie?

* * *

El doctor Arcaro abrió la puerta chirriante, y miró hacia el exterior, desierto, solitario y oscuro.

El doctor Arcaro acababa de salir del caserón de la colina y, tras él, aguardaba alguien. Había un coche en la puerta, un automóvil pequeño y oscuro.

—Puede salir, profesor Loockwood —dijo el director del centro médico.

Y tras él apareció el hombre que el día anterior había dado una conferencia.

Ambos, en la oscuridad, caminaron hacia el vehículo.

—Otra vez, deje el auto en la carretera, profesor —dijo Arcaro.

—Lo tendré presente. Aunque no creo que tenga mucha importancia. El auto es alquilado. No me gusta comprometer a nadie.

—Hay que prevenir todas las eventualidades. ¿No cree?

—Sí, por supuesto —sonrió Loockwood.

Y el profesor se volvió hacia atrás, haciendo una seña para que apareciera Norman, su imprescindible criado.

—Tú conducirás, Norman. Adelante.

—Sí, señor —replicó el aludido.

Arcaro sonrió:

—Ha sido una lástima, profesor… Un descuido. Lo siento.

—Usted llegará lejos, Arcaro. Es joven y ambicioso… Y dispone de un lugar magnífico. En cambio, yo…

Arcaro cortó al profesor para decir:

—Usted siempre será mi maestro. Adiós, profesor. Y siento lo ocurrido…

Norman tenía ya el motor del coche en marcha. El profesor subió en él y, poco después, desapareció por la verde colina, en dirección a la carretera.

Arcaro regresó a la clínica. Antes de entrar, dio un rodeo. Paseó, pareció meditar, y se entretuvo en el *parking*.

Cuando entró por la puerta principal del centro, llamó a uno de los enfermeros. Justo al que cuidaba de Helga.

El enfermero acudió, presto, y el médico inquirió, tajante:

—¿Dónde está?

—¿Dónde está… «quién», doctor?

—Esa chica, Marión Stroedner.

—Vino hace un par de horas. Se la dejamos ver por el cristal, tal como usted nos ordenó… Bueno, se había puesto pesada, pero luego se marchó.

—¡No! —exclamó el joven médico.

—¿Cómo? —inquirió el enfermero, temeroso de haber incurrido en un error.

—Que no se marchó. Conozco su coche. Está ahí, en el aparcamiento.

El enfermero mostró su extrañeza, y el médico, olvidándose de su actitud serena y comprensiva, alzó la voz, que adquirió un tono de reproche:

—Imbéciles… ¡Ella sigue aquí! Buscadla…

El compañero del enfermero llegaba en aquellos instantes. El médico insistió:

—¡Vamos! ¡Daos prisa! Y no quiero escándalos. Ya lo sabéis…

Los dos hombres asintieron, saliendo rápidamente, mientras Arcaro quedaba pensativo y ligeramente preocupado.

Marión, en aquellos momentos, amparada en la oscuridad, había salido del leñero y caminaba por el exterior. Sabía que su situación en la clínica resultaba muy peligrosa para ella, pero se había propuesto llegar hasta la habitación de su madrastra.

Pero si Marión pensaba que podía obrar en la impunidad, se equivocaba de medio a medio, porque en aquellos instantes, los enfermeros y los guardas habían empezado la búsqueda. Trataban de encontrarla y, para ello, se ayudaban de perros, que husmeaban el terreno, ladrando sin cesar.

Marión, fuera de su escondite, encontró una puerta para colarse hacia el interior del edificio.

Los perros ladraban a lo lejos, y los que la andaban buscando seguían la intuición de los animales…

CAPÍTULO VII

Eran más de las siete y media de la tarde cuando Hans, el periodista, llamó una vez más a recepción:

—¿Seguro que no han puesto ninguna conferencia de Alemania para mí?

—No, señor. Seguro. No hay ningún aviso en este sentido. Además, tiene usted teléfono directo.

—Sí, sí, bueno. Avíseme inmediatamente, en cuanto me llamen —replicó él.

El profesor Stroedner apareció en su puerta, apenas el joven hubo colgado.

—¿Qué es lo que sabes, Hans?

—¿Cómo?

El profesor avanzó lentamente hacia él.

—He estado llamando, Hans. Mi hija sigue sin estar en casa, y en la clínica parece que contesta un magnetofón. Siempre dicen lo mismo: «sin novedad», «sin novedad», «sin novedad».

Hans sonrió.

—Quizá sean las normas, profesor. Yo no sé… Pero si ocurriera algo malo, Marión habría llamado.

—Estoy intranquilo. Esto no me parece normal. No sé… Encuentro algo raro.

—¡Tonterías! Descanse, profesor. Hoy habrá cena y discursos. Nos acostaremos tarde.

Stroedner lanzó un suspiro:

—Estoy cansado, Hans… Pero no tengo sueño. Me gustaría regresar.

—Sólo faltan un par de días. Mañana por la tarde estará usted otra vez en su casa, profesor.

—¿Crees que todo va bien?

—Bueno… Es de suponer que sí, ¿no? —Y el periodista consultó

su reloj, dominando su impaciencia.

* * *

Entretanto…

Entretanto, Marión se había deslizado hacia el interior del cuerpo principal del edificio, y caminaba entre las paredes de aspecto metalizado de un corredor.

Al abrir una puerta, se encontró con una escalera que descendía hacia una planta más baja, un sótano.

Tuvo la sensación de que aquello conducía a una especie de bodega. Olía a humedad, y estaba mal iluminado.

Sin saber por qué, descendió, aún a sabiendas de que allí no iba a ver a su madre.

Llegó al final de la escalera, y se encontró ante la entrada de un laboratorio oscuro, sin ninguna clase de decoración. Le pareció algo así como un lugar improvisado, un sitio que no se enseña a nadie, y que sirve únicamente para trabajar…

Avanzó entre unas largas mesas, repletas de urnas de cristal, de objetos propios de laboratorio, pero…

Pero más allá, se percibía un ruido… Un ruido de ebulliciones, de extraños susurros. Y ese ruido, ese murmullo, procedía del otro lado de la puerta, que luego ella empujó para plantarse en el umbral y agrandar los ojos, mostrando su sorpresa y su temor, íntimamente mezclados.

¿Dónde estaba?

¿Qué mundo era aquél?

Allí se amontonaban más probetas, más tubos de ensayo, más recipientes en plena ebullición que ponían una extraña música de fondo, ideal para ambientar un lugar lúgubre, siniestro… un sitio que daba escalofríos.

La muchacha avanzó entre los mostradores.

Tubos enrojecidos, efervescentes, vitrinas con líquidos en ebullición, un extraño tic-tac multiplicado… Le pareció ver corazones latiendo entre líquidos raros.

Aquello olía a desinfectante. A formol…

Sintió un escalofrío, pero siguió avanzando.

En los estantes de la pared, sobre mesas adosadas a los tabiques observó frascos llenos de… de «algo» que la aterrorizó.

Había rostros humanos en el interior de aquellos recipientes. Rostros deformes que parecían palpitar de vida.

Más allá, en recipientes de mayor envergadura, permanecían en pie sujetos que se movían… Eran extraños humanoides conservados en alcohol o en algún otro líquido de parecidas características.

Dominó su espanto ante aquella sala digna de figurar en un museo de curiosidades terroríficas.

De algún lugar le pareció que surgía un grito espantoso propio de quien está sufriendo.

¿Qué era aquello? ¿Dónde se había metido? ¿Qué clase de centro hospitalario era el que albergaba a su madre?

Las extrañas criaturas se removían entre los frascos cuyo tamaño oscilaba entre la cavidad para contener una cabeza humana hasta el cuerpo de una criatura de raza enana.

Más al fondo estaban los recipientes de mayor tamaño… También allí se movían extrañas formas. ¡Se movían! ¡Eran criaturas!

—¡Dios mío! ¿Qué es todo esto? —jadeó la muchacha creyendo ser víctima de una pesadilla.

Una puerta gruñó en algún lado, quizá un rincón oscuro que ella no había advertido. Marión lanzó un grito y quedó a la expectativa.

Vio por fin, la puerta allá al fondo y se decidió a dirigirse hacia ella. Fue entonces cuando advirtió los pasos de alguien que se acercaba y reconoció la voz de uno de los enfermeros:

—Por aquí no es posible. Esto siempre está cerrado. Además, la única entrada que existe por este sitio está en el leñero.

La voz de otro enfermero replicó:

—El viejo viene a menudo por aquí y algunas veces deja la puerta abierta.

—¡Maldita sea! Si el doctor lo sabe…

—¡Bah! El doctor nunca regaña al viejo. Vamos… Aunque no creo que ella esté por aquí…

Marión comprendió que la estaban buscando y corrió hacia el lugar donde había gruñido la puerta.

Descubrió que se trataba de un panel de pared. Una entrada secreta, disimulada con azulejos; se metió dentro para cerrar en el momento que los dos enfermeros entraban en la extraña cámara.

Encerrada dentro de una oscura cavidad, Marión no podía ver

absolutamente nada, pero llegaba hasta ella la voz lejana de los dos hombres.

—Aquí no hay nada —dijo uno.

—Hay que buscar. La chica sigue aquí.

—¡Los perros la descubrirán!

En el exterior, ladraban los canes. Ella no podía oírles. Se limitaba a escuchar y a percibir las débiles voces de los enfermeros.

Se acercaban a aquella especie de entrada secreta que ella había tenido buen cuidado en cerrar.

—Aquí —oyó decir a uno de ellos.

Marión sintió un escalofrío. Iban a descubrirla. Tanteó las paredes en busca de otra salida.

Pero era demasiado oscuro y ella tenía demasiado miedo…

—Vamos a ver —dijo la voz de otro enfermero.

Marión estaba segura de que iban a abrir la puerta. Si la encontraban allí… ¿Qué harían con ella?

Evidentemente querían impedir que ella pudiese descubrir algo, lo que equivalía a decir que tenían algo que ocultar.

«El doctor Arcaro no juega limpio… Helga está en peligro», pensó la muchacha para sí…

CAPÍTULO VIII

Hans volvía a estar solo en su habitación y no se sentía tranquilo. Eran las ocho. Pensaba que Marión debería haberle telefoneado ya.

Pidió una conferencia para llamar a la muchacha a su casa y tras escuchar el zumbido del timbre telefónico le llegó una voz para anunciarle:

—No contestan, señor.

Colgó impaciente. ¿Por qué no le llamaba Marión?

Decidió telefonear a la clínica, justo en el momento en que a través de un transmisor, el doctor Arcaro recibía la respuesta a una pregunta dirigida a los buscadores de Marión.

—No la encontramos por ninguna parte, doctor… Los perros no dan con ella.

—No tenemos nada que pueda identificarla. Vuelvan al coche, los perros necesitan un rastro. Sé que ella está aquí.

Y seguidamente el doctor Arcaro hizo reforzar la vigilancia en el corredor donde se hallaba la habitación que cobijaba a Helga Stroedner.

Al colgar, sonó el timbre. Era la conferencia puesta desde París por Hans.

Arcaro tomó el auricular.

—Soy amigo de la familia Stroedner; sé que la esposa del profesor se halla en ese centro. Quisiera saber cómo está.

—¿Quién es usted? —preguntó Arcaro.

—Mi nombre es Shoen. Hans Shoen. Soy periodista. Me hallo en París en ese congreso de científicos. El marido de Helga Stroedner se halla conmigo.

—¡Ah! Bueno… Si están intranquilos no tiene por qué… La señora Stroedner no es lo que se dice una paciente fácil, pero esperamos que se ponga bien.

—Esto es una buena noticia. ¿Es usted el doctor Arcaro?

—Sí. Yo soy.

—Bien, doctor… Póngame con Marión Stroedner. Supongo que estará ahí, ¿no?

—Que yo sepa no, señor Shoen —repuso el médico.

—¿No?

—No. Estuvo pero se marchó. Eso me han dicho mis enfermeros. De cualquier modo si llama, le advertiré que usted ha preguntado por ella.

Hans no colgó. Pensó unos instantes e insistió:

—Es extraño. Dijo que volvería a visitar a su madrastra… Bueno, si usted dice que no está en la clínica…

—No, señor. No está —repuso seriamente el médico.

El periodista colgó. Lo hizo también Arcaro, pero con cierto recelo. Luego por el teléfono interior insistió:

—¡Encontradla de una vez!

Y los enfermeros seguían en aquel extraño y lúgubre laboratorio.

Pero aunque Marión temía que abriesen aquella puerta secreta, se equivocó.

Los hombres buscaban por otra parte. La puerta jamás llegaron a tocarla y cuando ella estuvo convencida de que se habían ido salió lanzando un suspiro de alivio.

Volvía a estar sola.

Sola en medio del murmullo de las ebulliciones. Sola entre suspiros apenas perceptibles. Sola…

—Tengo que encontrar a Helga y hablar con ella —se dijo.

Pero todo estaba vigilado. Extremadamente vigilado…

Salió de nuevo al exterior y escuchó a lo lejos el ladrar de los perros. Miró en torno suyo y eligió el pabellón pegado al cuerpo principal del edificio. Se metió por una puerta y amparada en la oscuridad, avanzó.

Tuvo la fortuna de que nadie se cruzara en su camino. Pero orientarse por aquel sitio no era ciertamente nada fácil. Tuvo que subir y bajar escaleras, retroceder y volver a avanzar como si estuviera metida en un laberinto.

Al fin salió a una sala en el interior de la clínica y descubrió una escalera de servicio que utilizó sin vacilar.

—Segunda planta —leyó.

«Aquí es… Ahora necesito encontrar la habitación de Helga»,

pensó.

Salió al corredor y avanzó. Había un cruce al final del pasillo desierto y silencioso. Procuraba que al andar, sus tacones no repiquetearan en el suelo para no llamar la atención.

—No… Ésta no es el ala donde está Helga —se dijo a sí misma, mientras miraba alrededor suyo.

Al llegar al cruce escuchó unas voces.

—No… Todo evoluciona favorablemente —decía una mujer, y un hombre replicaba:

—Mientras el tratamiento responda todo irá bien. Arcaro tiene suerte.

—Tú no crees mucho en Arcaro, ¿verdad? —murmuraba la fémina.

—Bueno. Yo creo en el dinero que cobro a fin de mes… —replicó el hombre.

Marión buscó algún lugar para esconderse. Abrió una puerta. Era una habitación vestuario y se escondió allí. Luego vio pasar a la pareja que estaba comentando por el corredor. Eran uno de los internos y una enfermera que siguieron su camino y continuaron hablando.

Marión salió cuando dejó de percibir las voces del doctor y la enfermera.

Cruzó rápidamente el corredor y por fin, descubrió el ala donde se hallaba su madrastra.

«Es ahí», pensó.

Pero en el recoveco del pasillo, observó la presencia de un vigilante sentado en un taburete, justo en la entrada.

«¡Están vigilando para que nadie se acerque!», pensó, con desconfianza.

El hombre se hallaba sentado y leyendo, distraído. Sin duda estaba convencido de que nadie iba a importunarle.

Marión permaneció en la esquina observándole y buscó en derredor, intentando encontrar algún medio para librarse del vigilante.

Había una puerta cerca de ella:

—Servicio doméstico —leyó ella y se metió dentro, empezando a buscar.

En uno de los armarios encontró tazas y platos de repuesto,

menaje de cocina almacenado y otros objetos. Pensó unos instantes y urdió un plan desesperado, una de esas cosas que sólo salen bien en las películas, pero que cuando alguien tiene una urgente necesidad, no duda en poner en práctica para jugarlo todo a una sola carta.

Tomó una bandeja y varios platos y salió de aquel departamento de «Servicio doméstico».

Con lo que había tomado se metió en el servicio y volvió a buscar un lugar idóneo para esconderse.

—Vestuario —leyó.

Entró y salió poco después enfundada en una bata blanca y una cofia de las que usaban las enfermeras.

El vigilante seguía en su taburete, leyendo.

Marión tomó la bandeja, se alejó con ella y desapareció por el cruce del corredor.

Momentos después, el enfrascado vigilante escuchaba un tremendo ruido de platos rotos. Cuando levantó la mirada no vio nadie, pero avanzó hacia el cruce de pasillos.

—Pero… ¿qué diablos…? —empezó.

Miró los trozos en el suelo sin percatarse de que por el otro lado una enfermera cabizbaja, avanzaba con decisión.

El vigilante la observó un momento al pasar y se limitó a murmurar:

—¡Bueno! ¿Quién ha hecho ese estropicio?

Marión, la falsa enfermera, sin volverse advirtió:

—Llame a limpieza. Eso no puede quedarse, aquí.

El hombre se encogió de hombros. Marión siguió su camino hasta llegar a la habitación de su madrastra. Se volvió un instante, y vio que el vigilante aún no había asomado, por lo que se metió rápidamente en el cuarto.

Allí, dentro de la funda de plástico, con el balón de oxígeno y el gota a gota penetrando en su cuerpo, se hallaba la paciente.

Marión se acercó. La única luz era la bombilla oscura que apenas iluminaba la cama.

Lentamente y con el corazón en vilo, la muchacha llegó hasta la cabecera de la cama.

Allí estaba la enferma.

Se aproximó para ver su rostro y de pronto…

Los ojos de la muchacha se agrandaron. Sin poderlo evitar, emitió una exclamación de sorpresa, de asombro… de temor.

La mujer que yacía en la cama no era Helga… Era alguien completamente desconocido para ella…

CAPÍTULO IX

Marión retrocedió, presa, de un extraño presentimiento, que no tardó en tomar cuerpo.

De repente la habitación se iluminó sin que ella hubiese pulsado ningún conmutador.

Se volvió intuitivamente y observó el ventanal acristalado que servía para observación. Las cortinas se habían corrido y tras ellas aparecieron los dos enfermeros.

¡La habían descubierto!

Marión corrió hacia la puerta para escapar de la estancia, convencida de que había sido atrapada. Sí. Porque aquello se le antojaba una trampa.

Abrió la puerta y en el umbral apareció el doctor Arcaro, serio, grave como siempre, pero añadiendo a su semblante una mirada hostil, recriminatoria, amenazadora.

—No debió entrar aquí, señorita —le dijo simplemente.

—¿Dónde está mi madrastra? —exclamó ella.

Por toda respuesta, Arcaro hizo una seña que fue obedecida por los enfermeros los cuales, rápidamente, se colocaron al lado de la muchacha y le sujetaron los brazos.

—¡Suéltenme! —gritó ella.

—Es inútil que grite —repuso el médico y tomando la delantera avanzó por el corredor.

Los enfermeros, con manos férreas, sujetaban a la muchacha de forma que ella no pudiera desasirse. La llevaron tras el doctor. Marión dejó de gritar. Comprendió que sería absolutamente inútil.

—Está bien —dijo—. Espero que ahora alguien me cuente la verdad.

Pero nadie contestó. Arcaro seguía caminando con decisión, y Marión tenía la sensación de ser una prisionera. Una prisionera con escasas esperanzas de obtener la libertad…

Eran las nueve y algunos minutos.

Eran las nueve y catorce minutos exactamente cuándo Hans Shoen colgó el teléfono después de comprobar que en casa de Marión no contestaba nadie.

Llamó de nuevo para que le informaran de la hora de salida de los aviones con dirección a Alemania.

Había un vuelo nocturno y Hans reservó un pasaje.

—Debe darse prisa, señor. Orly queda un poco lejos.

—Desplegaré las alas —sonrió el periodista.

Eran las nueve y algunos minutos.

Marión se hallaba en el despacho privado del doctor Arcaro.

Aparentemente estaban los dos a solas. Los enfermeros la habían dejado con el médico que no mostraba la menor agresividad.

—La señora Stroedner sufrió un accidente. Intentó huir y la atropelló un automóvil que se dio a la fuga —dijo simplemente.

—Si es verdad lo que dice, ¿por qué no está en su habitación? ¿Por qué me impiden que la vea?

—Hemos cambiado a su madrastra de habitación. Está en una habitación especial para emergencias. Cuando su padre regrese de ese congreso, se la dejaremos ver…

—¿Y por qué a mí no? —preguntó la joven.

—Le causaría muy mala impresión. —Y cambiando su tono grave por una estudiada jovialidad, añadió—. AS fin y al cabo no es su madre…

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo la aprecio. ¿O es que piensa que…?

—Yo no pienso nada, señorita. Y ahora, dígame… ¿Dónde ha estado usted desde poco antes de las siete hasta que la hemos encontrado? Sabemos que no se ha movido de la clínica.

Ella guardó silencio.

—Sé ha escondido como una niña pequeña —reprochó el joven doctor, tratando de ser agradable.

—¿Por qué le preocupa tanto esto? —repuso Marión a su vez, recordando aquel extraño laboratorio. Tenía ante sí la visión de aquellos tubos de ensayo, de las vitrinas, de los recipientes de cristal llenos de líquidos en ebullición.

—Es simple curiosidad.

—Déjeme marchar, doctor Arcaro —repuso ella.

—Yo no se lo impido.

—Si sólo quería hablar conmigo, ¿por qué me hizo traer a rastras hasta su despacho por ese par de gorilas que tiene por enfermeros?

—Lo siento. Quería evitar un escándalo.

—Cuida mucho su reputación sin reparar en medios.

—Debo hacerlo. Además, tenga en cuenta que esto pese a su apariencia es una clínica. Hay enfermos graves. Debemos guardar silencio. Usted pretendía gritar. No conviene escandalizar… Por los enfermos, ¿sabe?

Ella se puso en pie.

—Me marcho. Pero usted me responde de lo que pueda ocurrirle a mi madrastra.

—Le respondo hasta donde pueda hacerlo, señorita Stroedner. Un médico no es un dios. La ciencia tiene sus límites.

—Entonces, déjeme ver a mi madrastra. No tema, no rae desmayaré.

—No puedo. Créame. Es mejor así. Hablaré con su padre cuando esté de vuelta. Esto es todo. Ahora, váyase si quiere.

Y el propio Arcare le abrió la puerta del despacho para que ella pudiera marcharse libremente.

¿Libremente?

Bueno. Al menos, la muchacha consiguió llegar hasta su coche que seguía en el mismo sitio, en el *parking* de la clínica.

Había cruzado el amplio y bien cuidado jardín y sentía el frío que le azotaba el rostro.

Subió en el auto y lo puso en marcha, en medio del silencio que lo envolvía todo.

El motor rugió y el coche se deslizó hacia la salida del *parking* para dirigirse al sendero que conducía a la carretera principal.

Entonces vio a alguien. La única persona desde que salió por la puerta principal de la clínica. Los faros de su «BMW» iluminaron por una fracción de segundo el rostro del hombre.

Ella lo reconoció al instante.

Era el mismo individuo que la había ayudado a reparar el coche el día anterior a la salida del supermercado.

Vaciló unos instantes y trató de relacionar lo que a simple vista podía parecer una casualidad…

Pensó en que ella había retrasado unos minutos la llegada a su casa por culpa de aquella avería y que, a su regreso, su madre ya no estaba…

Esa circunstancia no parecía tener nada que ver, pero en aquellos instantes sospechaba de todo. La misma clínica se le antojaba un antro de experimentos inconfesables. El doctor Arcaro, con su juventud y apostura, no era más que un especialista en torturas, que se valía de cuerpos humanos para extrañas prácticas…

Luego los rostros… Aquellas caras deformes, encerradas en recipientes, aquellos cuerpos y aquellos corazones que latían…

Su madrastra le hubiera podido decir que ella lo había soñado. O acaso… lo había visto personalmente…

Siguió conduciendo por el sendero, sin percatarse de que un automóvil la seguía.

Fue al doblar el sendero, tras la curva. Observó los focos e instintivamente quiso acelerar, pero allí, frente a ella apareció otro automóvil cuyos faros largos le cegaron.

Pensó que aquello no podía ser una casualidad. En las circunstancias en que estaba viviendo, todo le pareció premeditado.

—Están tratando de cortarme el camino.

Sintió miedo… Pánico.

Trató de desviarse por el único lado que podía hacerlo. Haciendo rodar su «BMW» por el césped.

El coche anduvo unos pocos metros y luego ella frenó bruscamente porque delante tenía un tractor, subido al cual había dos hombres enfundados con la bata propia de los enfermeros…

—Intentan acorralarme —exclamó ella.

El coche que la había seguido estaba muy cerca y el que le cortaba el camino ascendía lentamente.

El tractor avanzaba.

No podía echar hacia atrás porque tenía el sendero cortado y si se desviaba, iría a caer en una acequia cercana.

Salió. Salió del auto y echó a correr.

Le pareció oír como alguien gritaba:

—Detenedla…

«Tratan de matarme» pensó ella.

En aquellos momentos, Arcaro estaba hablando con uno de sus enfermeros.

—No es seguro que haya visto nada, doctor —le decía el enfermero.

—No importa. No puedo correr riesgos. Cuando la hayan capturado, avísenme, pero no quiero fallos.

—No, señor.

Y ella seguía corriendo. Ahora la perseguían descaradamente.

«Me han dejado salir, pero pretendían matarme… tal vez fingir un accidente… —seguía pensando ella en su loca carrera, intentando salir a la carretera—. Quizá es lo mismo que hicieron con Helga…».

Pero en todas esas reflexiones, se imponía una pregunta que ella no acertaba a contestar:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Su juventud y resistencia física se pusieron de manifiesto en la forma de tomar la delantera a sus seguidores, pero ellos la seguían a pie y en coche… ¿Quién iba a defenderla cuando llegara a la carretera absolutamente solitaria a aquellas horas?

Vio el camino cortado por un par de celadores. No podía desviarse por los accidentes del terreno en aquella parte del parque.

Volvió atrás y corrió oblicuamente por el lado de la acequia.

A lo lejos alguien gritó:

—El bosque está cortado. Por allí no escapará.

Jadeante, pero con fuerzas todavía, se perdió en la oscuridad de la zona. Sus ojos, habituados ya, le permitían más que ver adivinar el lugar por dónde pisaba.

Su fortaleza le había permitido alejarse de sus seguidores, pero se encontró corriendo hacia la clínica otra vez.

Los otros la buscaban más abajo.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Estúpido! ¡No podemos perderla!

—Por la carretera no ha ido.

—Buscad bien. Utilizad los faros y las linternas.

Ella continuaba la huida. Estaba otra vez cerca de la altura de la clínica, pero a un centenar de metros de distancia y seguía por la ruta ascendente pisando el húmedo césped.

Huía simplemente, esperando que la olvidaran, que la dejaran de una vez, Luego llamaría a la policía y explicaría las anomalías de

aquel lugar. Les hablaría de aquel extraño y lúgubre laboratorio que había descubierto.

Se detuvo un instante y oteó la parte baja del prado. Vio que sus seguidores estaban lejos.

Siguió adelante.

Más allá, en lo alto, se silueteaba la forma de una vieja casona del más puro estilo westfaliano.

Sí. Era el viejo caserón donde su madrastra había visto… o creído ver, por lo menos, a aquel extraño y repelente ser que tenía dos cabezas…

CAPÍTULO X

La presencia de unas sombras en la parte alta de la colina, hizo desistir a Marión de proseguir su camino y se encaminó hacia la derecha para evitar que pudieran verla.

La silueta del caserón como guardián de la parte alta del valle, era como una sombra siniestra. Marión sintió un escalofrío. Uno más, pero necesitaba seguir corriendo, segura ya de que sus seguidores la habían perdido.

Ahora sus pasos la encaminaron nuevamente hacia las edificaciones del centro clínico.

Sí. Quizá allí sería el último sitio donde la buscaran. Mientras la creyeran lejos, perdida en el prado, ella volvería allí donde paradójicamente iba a correr menos peligro. Eso pensaba. Y pensaba también en Helga y en llamar a la policía.

Llegó a uno de los edificios donde estaban las salas de recreo que se comunicaban por medio de corredores y que enlazaban con los diferentes pabellones.

Unas voces llamaron su atención. Escuchó en un rincón de una de las salas de estar, desierta y oscura. Las voces resonaban.

—No la encuentran —dijo alguien.

Hablaban de ella.

La voz del doctor Arcaro llegó claramente hasta los oídos de Marión:

—Es necesario atraparla. Como sea. Ya me han oído. «Como sea».

Aquel como sea tenía un carácter lapidario. Marión lo comprendió así.

Luego los pasos se alejaron. El doctor debió detenerse en alguno de los teléfonos y llamó a alguien.

Marión pudo enterarse de la siniestra conversación.

—Lo siento, profesor… Se trata de esa muchacha… Sí. He

intentado localizarle… De acuerdo, de acuerdo… No sé. No sé lo que puede haber averiguado. ¡La culpa no es mía! Sí, señor. Ella ha estado rondando. No puedo decirle nada más por teléfono. De acuerdo. Venga usted, si quiere. Adiós, profesor Loockwood. —Y Marión escuchó el chasquido del auricular al ser colgado.

—Hablan de mí —se dijo—. Constituyo un peligro para ellos… Temen que haya descubierto algo…

Los latidos de su corazón aceleraron el ritmo normal. Temió incluso, que el batir del músculo cardíaco delatara su presencia. Huyó.

Sintió pasos detrás de ella y enfiló por una escalera solitaria que conducía a dependencias desconocidas para ella.

Una planta, otra, otra…

Era la edificación más alta de las que componían el núcleo hospitalario.

Llegó al fin a la azotea con la impresión de que alguien la seguía de cerca… la vigilaba.

Se encontró con un clima extremadamente frío. La brisa hería la fina piel de su rostro.

Buscó una salida imposible en medio de grandes recipientes, de chimeneas, de objetos diversos.

Corrió hacia uno de los lados y miró hacia abajo. Había una altura considerable que en la oscuridad parecía mayor.

También su madre hubiera podido recordar aquello que había visto en sueños. La azotea y el ser de dos cabezas avanzando hacia ella.

Su pánico aumentó varios enteros cuando el viento hizo batir la puerta que ella había dejado abierta.

«Estoy atrapada», pensó, al comprobar que no tenía ninguna otra salida.

Se aproximó a la puerta y escuchó el pesado pisar de dos botas.

Alguien subía, aproximándose a la azotea del edificio.

¿Por dónde salir?

Asomó por el hueco de la escalera y no acertó a ver nada, pero los pasos resonaban ya en la planta inferior.

Marión corrió desesperadamente, buscando un lugar donde esconderse.

Huir era imposible. Sólo le quedaba la alternativa de echarse al

vacío.

¡No quería morir! Y presentía que si la encontraban, iban a matarla. Era un pensamiento que cobraba consistencia con el paso del tiempo. Cada segundo la aproximaba a un final inexorablemente trágico. ¿Por qué?

La sensación de terror la dominó hasta tal extremo que, por unos instantes sus piernas se negaron a andar.

Y las pisadas se aproximaban.

Pisadas recias, contundentes.

Tap… Tap… Tap…

Jadeante, tratando de autodominarse, fijó los ojos en uno de los grandes recipientes.

No lo dudó más. Corrió hacia él en un esfuerzo supremo y se metió dentro del cono metálico, cubriéndose con la tapa.

En aquellos instantes, una sombra apareció en la azotea, mientras alguien gritaba:

—¡Arriba! ¡Está en la azotea!

Otra voz lanzó una maldición y advirtió:

—¡Es Jurgens! Ha salido otra vez.

—¡Hacedle volver!

En la azotea, la sombra avanzó entre los enormes cachivaches almacenados.

Una luz tenue que surgía de alguna parte, proyectaba la sombra del propietario de aquellas pisadas.

La sombra, esfuminada sobre el suelo de la azotea, tenía algo de irreal, de inhumano.

Era la silueta de un hombre… con dos cabezas…

* * *

Alguien se llevó al hombre. Y el hombre gruñó. Y sus dos cabezas se agitaron al mismo tiempo, mientras las velludas extremidades del ser se crispaban.

—Vamos, Jurgens, pórtate bien…

Marión oía las voces amortiguadas por la tapa metálica que cubría el recipiente donde se había escondido.

Luego, todo se volvió silencioso y ella se atrevió a salir.

La escalera estaba desierta. No la buscaban por aquel lado y aquello le dio cierta tranquilidad en parte.

Llegó hasta la planta inferior y cruzó el umbral de una puerta descubriendo que se hallaba ante una sala dispuesta para comedor, con mesas, sillas, bufete, etcétera. Era como una enorme terraza cubierta, acristalada con una gran vista panorámica sobre el enorme y verde prado que circundaba la zona.

Avanzó en la soledad y al llegar junto al aparador vio, una puerta que comunicaba con una cocina. Allí al lado, en la pared había un teléfono. ¡Un teléfono!

Nadie sabía que estaba allí; por lo tanto, no la oirían. Esperó y confió que el aparato tuviera línea directa con el exterior; se decidió a descolgarlo.

Escuchó el zumbido. ¡Tenía línea!

Marcó un número y aguardó, impaciente la voz que le anunciara: «Central de policía».

Y la voz llegó hasta ella, pero no era la central de policía.

—Aquí la clínica del doctor Arcaro. ¿Con quién desea hablar?

Colgó asustada. El teléfono estaba conectado con la centralita de recepción. Ahora podrían localizarla…

Corrió precipitadamente hacia la puerta y tropezó con una silla que derribó con su impulso.

Al llegar a la escalera escuchó unas voces que resonaban desde la planta baja.

—Llamó desde arriba. Está en el restaurante de verano.

¡Estaba atrapada otra vez!

No. No había salida posible y si volvía a la azotea, terminarían por encontrarla.

Pensó en Hans, en su padre. ¡Oh! Lo que daría porque estuvieran allí y pudieran ayudarla. Sobre todo, Hans. No se andaba con remilgos. Sabía cómo defenderse y cómo defenderla.

Asustada otra vez, intentó coordinar sus ideas, no perder la calma.

Se le ocurrió meterse en la cocina, mientras las pisadas de varios hombres estaban ya llegando a la planta donde se encontraba.

Vio un hueco en la pared. Una especie de ventanal interior y comprendió que se trataba del montacargas para los platos y las basuras.

Se metió dentro y pulsó el timbre, pasando la mano al exterior.

La plataforma se puso en marcha descendente, con un leve

zumbido. Pero ¿qué ocurriría cuando llegara abajo?

En el restaurante de verano habían llegado ya los que la buscaban. Encendieron las luces.

—No puede haber huido —dijo alguien.

—¡La cocina! —indicó otra voz.

Ella había atravesado ya dos plantas. Le faltaban otras dos para llegar al nivel del suelo.

Sus seguidores llegaron hasta la cocina. En principio no descubrieron nada.

Marión se acercaba a la primera planta.

Alguien miró hacia el hueco.

—¡Allí! —indicó.

Marión se acercaba ya a la planta baja.

—El montacargas… Deténlo.

Los hombres corrieron. Ella oía las voces, a través del hueco.

Debieron tocar algo porque la plataforma se detuvo.

De nuevo estaba atrapada.

Intentó abrir la puerta y lo consiguió. Había un hueco que comunicaba con la cocina, pero era difícil poder pasar a través de él.

Desde arriba intentaban hacer subir el montacargas, pero la puerta abierta lo impedía.

Marión se decidió a intentarlo todo y se aventuró a través del hueco.

—Llama al doctor —dijo uno de los celadores.

—Ha dicho que no le molesten. Está en el sótano —repuso otra voz.

Marión estaba consiguiendo su propósito.

—Entonces avisa a los demás. ¡Está en la cocina general! —exclamó el que había hablado antes.

Y el hombre tomó el teléfono para advertir a los otros que la detuvieran en la cocina.

Marión consiguió salir, al fin, cuando por el corredor escuchó, aterrada, los pasos de los que la perseguían.

Se le antojó hallarse metida dentro de una inmensa ratonera.

Buscó una salida y se metió por una puerta que descendía hacia un sótano.

A cada paso temía encontrarse con una nueva y desagradable

sorpresa, pero necesitaba huir. Buscar una salida definitiva, poder llamar a alguien…

Llegó al final. Todo cambiaba a partir de la planta sótano. Las paredes de ladrillo desnudo, la humedad. Era un mundo distinto que nada tenía que ver con la decoración lujosa de las otras dependencias.

En alguna parte goteaba el agua y cada leve sonido se le antojaba un quejido siniestro.

Se detuvo jadeante, apoyándose en la húmeda pared y trató de acompasar su respiración.

Cerca de ella gruñó una puerta. Una débil luz llegó hasta sus pies y decidió continuar.

A pocos metros de distancia en una lóbrega estancia, el doctor Arcaro estaba descubriendo un lienzo que cubría un cuerpo.

Era una especie de sala mortuoria. Había otros cuerpos cubiertos con sábanas y la temperatura allí era mucho más elevada, casi tórrida.

Conteniendo la respiración, Marión avanzó y pudo ver cómo Arcaro contemplaba el cuerpo de alguien. Luego se dirigía hacia un teléfono interior para llamar.

—Hay que sacarla. Necesito a König y a Wolf. Que bajen de prisa. ¡Ah! ¿Qué hay de la muchacha?… ¡Maldita sea! ¡No es tan difícil atraparla! Hemos perdido cuarenta y cinco minutos…

Ella asomó ligeramente y fijó sus ojos en el cuerpo tendido sobre la camilla.

¡Era Helga!

Estaba muerta…

CAPÍTULO XI

El avión nocturno París-Dusseldorf partía en aquellos momentos del aeropuerto de Orly. Era un vuelo corto. Poco más de una hora.

Hans calculaba el tiempo. De Dusseldorf hasta la pequeña ciudad, tardaría otra hora por la autopista, lanzándose al máximo. Había dejado su coche en el *parking* del aeropuerto y mentalmente ya se hallaba al volante.

La angustia le consumía. No había comunicado a nadie su rápido viaje, pero el silencio de la muchacha, aquella llamada que Marión le había prometido y que no efectuó, le mantenía intranquilo.

Presentía algo… Y no le faltaba la razón, porque…

Porque Marión en aquellos momentos, estaba presenciando cómo se llevaban el cuerpo de Helga, completamente desnudo y lo introducían en otra habitación. No pudo ver lo que hacían, pero sí escuchó un ruido metálico.

Luego Arcaro reapareció y en seguida ella pudo escuchar el motor de un coche al ponerse en marcha.

Y así era.

A través de un túnel y por una rampa ascendente, una furgoneta abandonaba el sótano.

Un zumbido llamó su atención. Era el teléfono interior que Arcaro tomó.

—¿Quién? ¡Ah! El profesor Loockwood. Bien, subo en seguida.

Arcaro colgó, echó un vistazo y se apresuró a salir. Marión buscó un hueco en el corredor y pegándose a la pared, aguardó a que el médico saliera de aquella cámara para alejarse camino de la planta superior.

De nuevo se halló sola y libre, pero no por ello se creyó fuera de peligro.

Se preguntaba dónde llevaban a su madrastra. Aunque no era difícil adivinarlo.

—Me habló de un accidente. Arcaro lo tenía todo preparado. Seguramente quiere hacernos creer que Helga murió a consecuencia de un accidente… Un accidente. No es verdad. «Ellos». «Ellos la han asesinado».

Y siguió haciendo conjeturas, hipótesis, cábalas…

—Me entretuvieron a la salida del supermercado… Me entretuvieron para llevársela de casa. He visto al hombre que fingió arreglarme el coche…

Todo parecía concordar en su mente. Todo tenía hasta una cierta lógica dentro de la ilógica del asunto.

Yo era un estorbo… a menos que hubiese aceptado no ver a mi madrastra —siguió imaginando—, pero me he quedado aquí. He descubierto su engaño… He visto cosas que no les interesa que nadie pueda ver… y quieren matarme… Luego dirán que se trata de otro accidente. Y posiblemente, nadie investigue.

Pensó en Hans… Hans no era de fácil conformar… Pero ¿qué sacaría ella de que Hans investigara, si ya la habían matado?

Sintió un escalofrío.

De súbito sintió la necesidad de saber dónde llevaban a su madre y se metió de nuevo en aquella lúgubre y tétrica sala donde otros cuerpos cubiertos con lienzos, yacían inmóviles sobre sus respectivas camillas.

Cruzó en medio de una luz tenue, que daba a la estancia un aspecto más siniestro.

Avanzó hacia la puerta que comunicaba con la rampa. Estaba abierta.

Todo permanecía allí oscuro. Avanzó tanteando la pared, hasta dar con la puerta de salida. Estaba cerrada. Buscó un resorte, algo con qué abrir.

Observó que se trataba de una puerta metálica, enrollable y tiró de abajo arriba.

La puerta produjo un sonido que a ella se le antojó estruendoso.

Pero nadie pareció oírlo.

Se encontró en un garaje de aspecto normal. ¡Allí estaba su propio coche!

Había otros, pero el suyo estaba también. Lo habían encerrado; posiblemente, se desprenderían de él cuando hubiesen terminado con la muchacha.

Un nuevo escalofrío recorrió la espina dorsal de Marión, mientras se encaminaba hacia la salida.

El garaje era inmenso y en un rincón vio algo que le hizo desistir.

¡La furgoneta!

Allí dentro estaba Helga y los dos hombres que se hallaban en la cabina sonreían.

Sonreían porque habían visto a la muchacha. Y ahora bajaban ambos para ir hacia ella.

Marión intentó abrir la puerta del garaje que comunicaba con el exterior, pero no pudo. No pudo porque estaba cerrada.

Y los dos hombres, jóvenes, con aspecto cruel y mirada cínica, avanzaban lentamente hacia ella.

CAPÍTULO XII

Mientras Marión intentaba escapar de sus perseguidores, que no mostraban demasiada prisa, Arcaro atendía a Loockwood en su despacho.

—No me gusta venir aquí, pero esto puede ser grave —decía el profesor en aquellos instantes—. Dígame lo que ha pasado exactamente.

—Es la hija del profesor. La hijastra de mi paciente… La están buscando.

—¿Ha descubierto algo?

—No lo sé, pero no tema. La encontraremos y puedo asegurarle que no saldrá de aquí.

—De cualquier modo, ha sido un fallo. Un fallo lamentable. Mejor dicho. Dos. Dos fallos.

—Todo se resolverá. Lo lamentable es que no hayamos podido salir adelante con el experimento. Creo que de nuestra lista, Helga Stroedner era la persona más indicada. Se dejaba impresionar fácilmente.

—Los «pacientes» los elige usted, Arcaro —repuso Loockwood fríamente.

—Y luego sigo sus métodos, profesor.

—Sí, pero debería olvidarse de las «otras cosas».

—Creí que mis experimentos particulares le gustaban.

—No dudo de que algún día puedan llegar a tener éxito pero está todavía muy lejos de conseguirlo. En cambio, lo mío es seguro. Un autómata humano es perfecto. Usted lo sabe.

Y se volvió hacia la puerta. No había nadie en la habitación; sin embargo, alguien llamó en aquellos instantes.

—¿Se da cuenta? No he dicho una sola palabra. Pero «él» me ha comprendido.

Y añadió:

—Adelante.

Apareció Norman. El silencioso y obediente Norman. Tan obediente, que llamó a la puerta sin ser requerido.

—¿Qué desea, señor?

—Nada, Norman. Sigue aguardando fuera.

—Sí, señor.

Norman desapareció y el profesor Loockwood volvió a encararse con Arcaro.

—Ya lo ha visto. Un simple deseo basta. Y cualquier persona puede portarse como Norman.

—Eso no tiene que decírmelo, profesor… Ya conoce usted a mis enfermeros…

—Sí, Arcaro. De acuerdo. Consiguió usted mucho éxito, pero esa clínica… la gente que la frecuenta.

—La necesito como tapadera. Es un lugar de privilegio y yo tengo un nombre. He sabido creármelo. Mi propia clientela me exime de sospechas…

—Pero esas «cosas» que tiene usted en su laboratorio…

—Son mis otros experimentos, doctor… Así empecé… antes de conocerle. Sólo necesitaba rodearme de gente adepta, que jamás llegara a traicionarme. Su método me dio resultado. Lo de Helga Stroedner fue un descuido, que no volverá a repetirse… Pero si lo que le preocupa son sus intereses, tengo preparado un cheque…

—No es dinero lo que me importa. Usted lo sabe.

—En cambio, a mí sí me importa —sonrió Arcaro.

—Lo comprendo…

El teléfono interrumpió la conversación. Arcaro tomó el auricular y escuchó sonriente y complacido. Cuando colgó, se limitó a decir:

—Se acabaron los problemas, profesor. Tenemos a la chica. Dos de mis ayudantes la han atrapado en el garaje… Seguramente, llegó por el sótano. Eso significa que ha estado viendo algunas cosas, pero ya no podrá contarlas a nadie.

—¡Espere! ¿Qué piensa hacer?

—De momento he dicho a mis muchachos que se diviertan un poco con ella… —sonrió añadiendo—. Usted no me ha oído, profesor, pero yo también puedo dar órdenes mentales, aunque utilizo el teléfono para acostumbrarme. A algunos de mis clientes

les extrañaría que mis subordinados adivinaran mis pensamientos, ¿no le parece?

—Aguarde… Estoy pensando que…

* * *

Entretanto, Marión se hallaba tendida en el suelo. La extraordinaria fuerza de uno de los chicos de la furgoneta la mantenía inmóvil por más que ella forcejeara para librarse de la presión que el hombre ejercía sobre su cuerpo.

—¡Suéltame! —gritaba ella.

—Yo le quitaré la ropa… Condenadas. Ahora llevan todas pantalones. Antes, con la falda, resultaban más atractivas, más femeninas.

Sí. En esa ocasión, Marión llevaba un ajustado pantalón y se alegró de ello; pero los dos gorilas trataban de quitarle la chaqueta, una de cuyas mangas le había sido ya arrancada.

La voltearon sin piedad y consiguieron arrancarle parte de la blusa.

—Los pantalones. Quítale los pantalones.

Ella comprendía que pretendían aprovecharse de la situación.

—Eso no es lo que os ha ordenado vuestro jefe. Sé que quiere matarme —chilló ella y uno contestó:

—Es posible, pero de momento, tenemos carta blanca.

Marión, una vez más, trató de deshacerse de aquellas poderosas zarpas que la mantenían inmóvil.

—¡Vamos, tira ya! —gritaba uno, tratando de arrancarle los pantalones.

—No puedo. Esta víbora me ha mordido.

Era cierto. La muchacha se defendía como podía, pero no logró impedir que una pernera del pantalón quedara en las manos de uno de aquellos tipos.

Lanzó al aire una pierna y con la punta de la bota campera, alcanzó a uno de los sujetos en el bajo vientre. El hombre gritó como un animal herido y trató de lanzarse sobre ella que consiguió esquivar, rodando sobre sí misma por el grasiento pavimento del garaje.

Despojada casi de sus ropas, no había perdido por ello el encanto que excitaba a los dos hombres y que volvieron a la carga.

—Golpéala. Golpéala… —gritó uno.

Se tiró uno de ellos como una fiera, sujetándole la cabeza y tratando de golpearla contra la pared.

—¡Brutos! ¡Bestias!

Llevaba arañazos en la cara, grasa en la poca ropa que le quedaba, en el cuerpo y jadeaba de cansancio. Eran demasiadas emociones, demasiado ajetreo en tan poco tiempo.

Sentía debilitarse sus fuerzas y aguantó el golpe que le obligaron a darse contra la pared.

Se entregaba. Ya no podía luchar más.

—Está bien, está bien —murmuró—. No me resistiré…

No. Ya no podía y le era difícil recuperarse.

Sin embargo, entonces ocurrió algo inesperado. Algo que Marión no pudo saber jamás si fue mejor o peor.

Alguien acababa de aparecer por la puerta del sótano. Alguien que avanzó con pisadas fuertes.

Los dos hombres se volvieron.

Marión lo veía todo borroso, pero no por ello dejó de apreciar la figura que se aproximaba.

No. No era una alucinación. Se trataba de un ser vivo que avanzaba entre los coches.

Se trataba de un ente espantoso, increíble y repugnante. Un hombre, si podía llamársele así. Un hombre con dos cabezas…

Marión creyó ser víctima de la fase culminante de una pesadilla.

Se desmayó.

CAPÍTULO XIII

Arcaro y el profesor Loockwood llegaron al garaje cuando la muchacha seguía inconsciente en el suelo.

Uno de los dos hombres que habían intentado forzarla, jadeaba todavía, mientras el otro trataba de que el monstruo se apartara.

—Ha sido Jurgens… Ha aparecido de pronto —se disculpó el que estaba próximo a la muchacha.

—¡Llévese a «eso» de aquí! —Exclamó Loockwood—. No debería permitirle que se paseara a sus anchas.

—Y no lo permito, profesor… He dado órdenes a Christian para que no le deje salir. No comprendo lo que ha podido ocurrir. Le llamaré por teléfono.

—Debería tener más cuidado —seguía insistiendo el profesor—. Esto puede comprometerle.

Arcaro tenía pegado a la oreja el auricular del teléfono del garaje.

—Es extraño. No contesta nadie… ¡Maldita sea!

—Algún día va a exhibir su criatura en público y entonces vendrán las complicaciones. Por tina cosa, se descubrirá la otra…

—La responsabilidad es mía, profesor —repuso Arcaro, intentando llamar de nuevo—. Al fin y al cabo Jurgens me ha dado buenos resultados. Ya lo ha visto. Marión se ha desmayado. Si contara a alguien lo que ha visto, ¿piensa que la creerían?

Hizo una pausa y añadió:

—De todos modos, ella no podrá contarlo a nadie. —Y colgó, ordenando a sus hombres—. Subid a la colina y decid a Christian que venga inmediatamente.

El que recibió la orden se volvió hacia la muchacha y murmuró:

—¿Y ella?

—Olvidadla ahora. Christian debe llevarse a Jurgens.

Los dos hombres obedecieron, mientras el monstruo quedaba en

un rincón. Sus dos caras —gemelas— tenían la misma expresión que eran reflejo de un odio profundo, de un deseo malsano…

Loockwood, al quedarse a solas con Arcaro, miró un momento al monstruo y preguntó:

—¿No le obedece?

—No lo he intentado en serio. Es un caso especial. Si le opero, morirá, y de momento me sirve.

—Un caso que puede ser su perdición, Arcaro.

—No se meta en mis cosas. Yo he logrado hacerlo vivir. ¿Verdad? Y ahora me sirve.

—Para aterrar a las personas desequilibradas, para hacerlas enloquecer…

—Querido y admirado Loockwood, no puedo conseguir a un ejército de autómatas, operándoles de apendicitis. Es necesario preparar a las personas, crear un ambiente en torno de ellas, influir en la familia para que crean que tienen en casa a un ser desequilibrado, que ve visiones ¿Comprende? De este modo, puedo someterlas a «tratamiento». Luego, las mando a su casa, pero sé que esos pacientes siempre me serán fieles… Con según qué personas, eso podría resultar contraproducente…

—Ahora tendrá ocasión de comprobarlo con Marión Stroedner. Según usted es una muchacha decidida, con iniciativa e ideas y es valerosa.

—Sí…

—Por eso le he dicho que no acabe con ella. Hay que probar con gente como esa chica… Opérela. Yo mismo le ayudaré. Hagámoslo ahora…

Arcaro vaciló:

—Hummm.

—No se pierde nada. Si conseguimos éxito con un sujeto de las características de Marión, habremos dado un paso adelante.

—Pero requerirá algunos días.

—No. Mañana puede regresar a su casa y olvidar todo lo que ha ocurrido… Es decir, dirá sólo lo que usted quiera que diga.

Arcaro pensó más seriamente en el asunto.

—Para usted, será la mejor coartada. La propia Marión dirá a su padre que Helga murió en un accidente. Por cierto, ¿dónde la tiene?

—¿A Helga?

—Sí.

—En la furgoneta. Pensaba hacerla desaparecer.

—No. No lo haga. Hay que «arreglarla convenientemente» para que parezca que en realidad la atropelló un coche. Luego, la explicación de Marión completará el plan.

—Es que yo no he denunciado el caso a la policía… Dije a Marión lo del atropello, pensando en que ella ya no podría hablar con nadie.

—Eso no importa. Denúncielo mañana. Cuando Marión salga de la clínica, creerá y se convencerá de todo lo que nosotros le digamos.

Marión comenzaba a removerse en el suelo.

Arcaro vaciló aún.

—Y si ella ¿resulta diferente? Siempre he actuado con sujetos de determinada condición…

—Si algo sale mal, querido Arcaro, siempre habrá la posibilidad de hacer lo que usted pensaba hasta que le he dado la idea.

—Tiene razón. ¡Vamos! La llevaremos al quirófano…

El teléfono cortó la conversación. Uno de los hombres que habían ido al caserón informaron:

—El viejo Christian no está. No lo encontramos por ninguna parte.

—Está bien, regresad. Hay que sacar a Jurgens de aquí…

Pero Jurgens, el horripilante ser de las dos cabezas dio la vuelta en aquellos momentos y se alejó hacia el sótano.

—Creo que no hace falta que nadie se lo lleve. Lo ha comprendido —comentó el médico.

De todos modos insistió:

—Vigiladlo. Viene hacia aquí. —Y colgó.

Luego él y el profesor se volvieron hacia Marión, que empezaba a abrir los ojos, sin acabar de comprender lo que sucedía ni dónde se hallaba.

—Vamos. Al quirófano —dijo Loockwood.

Ella agrandó los ojos. No entendía, pero temía. En su subconsciente, presentía un nuevo e insoslayable peligro.

CAPÍTULO XIV

El avión con destino a Dusseldorf seguía su marcha hacia el aeropuerto alemán.

Hans consultó, impaciente, su reloj.

Llegaría pronto, pero luego le aguardaba una hora de viaje.

Y en la clínica de Arcaro, Marión, cubierta ya con un lienzo, permanecía dormida sobre la mesa de operaciones.

Loockwood se había enfundado la bata y desinfectaba sus manos a base de jabón.

—No necesitamos enfermera. Lo haremos usted y yo —dijo a Arcaro, que se estaba colocando la mascarilla.

—De acuerdo —replicó el profesor.

—Usted dirigirá, profesor.

—¿Me cede el honor? —Sonrió Loockwood.

—Usted es el maestro.

—Y usted un alumno aventajado —repuso el profesor, secándose las manos.

—¡Cuando quiera!

Se dirigieron los dos hombres al quirófano. Todo estaba dispuesto. Electrocardiógrafos, electroencefalógrafos, pantallas y demás aparatos automáticos para controlar las reacciones de la paciente.

—Listos.

—Compruebe la anestesia —dijo Loockwood.

—Correcta.

—Bien, utilizaré un bisturí corriente.

—Como quiera.

Loockwood observó a la muchacha y murmuró:

—Esta puede ser una obra maestra.

—Confío en ello.

—Un paso adelante en mi experiencia. Y una buena coartada

para usted.

—¡Oh! —Exclamó Arcaro, bajándose la mascarilla—. Olvidaba algo importante.

—¿Qué es?

—El diario de Helga Stroedner.

—¿Un diario?

—Sí. Llevaba un diario. Ignoro lo que hay anotado en él, pero prefiero tenerlo en mi poder por si algo sale mal.

—Bueno. Tendrá tiempo de obtenerlo.

—Ahora no hay nadie en su casa. Puede ser un buen momento.

—¿No es mejor operar primero?

—Sólo unos segundos, profesor. Avisaré a uno de mis ayudantes. Una vez le haya dado las órdenes, volveré. No voy a tardar.

La libre existencia de Marión quedó prolongada, mientras Arcaro se quitaba los guantes y acudía al teléfono.

Poco después, aparecía el hombre que Marión había conocido a la salida del supermercado.

Arcaro le dio instrucciones:

—Procura entrar en la casa sin forzar la puerta. Nadie debe saber que has estado allí. No quiero huellas, ni señales de ninguna clase. ¿De acuerdo? Puedes tomarte el tiempo que quieras.

—Sí, profesor.

—Está bien. Puedes irte. ¡Ah! Y no dejes el coche frente a la casa de los Stroedner. Aunque es tarde, nunca se sabe si algún curioso mira por la ventana.

—Es un barrio tranquilo, profesor. Se acuestan pronto y no hay curiosos. Lo tengo bien vigilado, desde que me encargó que observara la casa.

—Bien, bien, pero las precauciones nunca están de más.

—Yo trabajo bien, doctor.

—Pues de acuerdo. Puedes irte.

Arcaro volvió a lavarse, mientras Loockwood aguardaba frente a la futura víctima.

Marión, inconsciente, ignoraba por completo lo que le aguardaba.

Después…

Bueno, quizá para Marión no existía un después…

Y en aquel instante, el avión tomó tierra en el aeropuerto de

Dusseldorf.

Hans fue de los primeros en salir. Pasó rápidamente el trámite aduanero, puesto que no llevaba ningún equipaje. Mostró su pasaporte, y corrió hacia el *parking*, en busca del automóvil que la mañana del día anterior había dejado estacionado.

Pagó la estancia a la salida y emprendió rápidamente la marcha en busca de la autopista.

Con el tráfico absolutamente nulo, se lanzó al máximo de la velocidad que le permitía el vehículo.

El cuenta velocidades de su «Opel» no tardó en alcanzar los ciento setenta kilómetros y todavía daba para más.

El automóvil volaba materialmente sobre la bien asfaltaba pista.

Hans, atento a la calzada, seguía presintiendo que el tiempo era un factor importantísimo.

Y el doctor Arcaro estaba nuevamente dispuesto para empezar la operación.

En el mismo momento, el hombre del abrigo negro aceleraba su coche por otra carretera, dirigiéndose, a su vez, al mismo destino que Hans Shoen: la casa de los Stroedner.

Arcaro junto al profesor, murmuró:

—Ya podemos empezar.

La mano derecha de Loockwood tomó el bisturí y marcó una línea imaginaria, cerca de la sien de Marión.

Iba a practicar la incisión…

CAPÍTULO XV

Algo se rompió en alguna parte. Algo que causó un gran estrépito, aunque Arcaro no pudiese oírlo, desde el quirófano.

Lo que sí oyó fue el timbre del teléfono, cuando la punta del bisturí iba a rasgar la piel de Marión.

—No conteste —dijo Loockwood.

Pero el teléfono insistía. Loockwood iba a proseguir.

—Déjelo. Esto es más importante o no acabaremos nunca.

Un zumbido advirtió a Arcaro de que la llamada era urgente.

—Lo siento. Es un momento.

Tomó el auricular y una voz le informó:

—¡Venga, doctor! Es en el laboratorio privado. Ha ocurrido algo horrible… Es Jurgens…

—¡Jurgens! —exclamó Arcaro y temió lo peor. Volvió al quirófano y exclamó:

—Lo siento. Tengo que ver lo que ocurre.

—Pero… ¡Qué demonios…! —empezó Loockwood, mientras Arcaro salía precipitadamente.

El laboratorio que Helga había creído ver en pesadillas, el mismo que Marión vio al natural aquel mismo día, ofrecía un aspecto indescriptible.

Jurgens, con sus brazos poderosos, había comenzado a destrozar recipientes. Y por el suelo, entre líquidos en ebullición, se movían pequeños y extraños cuerpos con vida propia.

Pequeñas y deformes cabezas rodaban y lanzaban gemidos, a través de horribles bocas. Seres vivos de forma enana, se retorcían fuera del líquido que les mantenía la vida.

Algo con aspecto de corazón daba saltos, mientras lanzaba los últimos latidos.

Un pequeño monstruo, no mayor de treinta centímetros de estatura, lanzaba alaridos, y otro ser, igualmente enano, con dos

cabezas y tres brazos, caminaba jadeando.

—¡Maldito Jurgens! ¿Dónde está? ¿Dónde? —gritaba el médico, al ver aquel estropicio entré una música de fondo de ebulliciones, de líquido removido, de señales electrónicas y extraños goteos.

—No lo sé… Hemos oído ruido. Kurtz ha bajado cuando Jurgens, en pleno ataque, lo estaba destrozando todo. Intentó detenerlo, pero desapareció.

—Hay que encontrarlo. Que le busquen todos. ¡Daos prisa! Y no armad ruido… ¡Maldita sea! Mi labor de tantos años…

Los rugidos aumentaron. Aquellos seres vivos estaban sufriendo, sin duda, lejos del elemento que los mantenía en vida.

Horribles chillidos se sumaron al caos. Era como la rebelión de unos entes de procedencia desconocida.

Brazos largos se enroscaban como serpientes. Manos con seis dedos se crispaban; cosas parecidas a corazones daban saltos y expulsaban un líquido viscoso y rojizo, parecido a la sangre.

—¡Mis criaturas! ¡Tengo que salvarlas! —exclamó Arcaro, cuando apareció por detrás el profesor Loockwood.

—Tire eso a la basura. Le dije que iba a crearle problemas…

—Son seres vivos, Loockwood. Yo los he creado… Ahora son deformes, pero viven y crecen…

—Son productos de laboratorio —repuso Loockwood, en tono de reproche…

—Se pueden crear seres dentro de los tubos de ensayo, y sé que podrán perfeccionarse; pero hay que empezar por el principio, y corregir los defectos. Luego… Luego esos seres alcanzarán el grado máximo de perfección. No serán simples muñecos, manejables a la voluntad de sus amos… serán genios… Y yo he sido el pionero…

Arcaro hablaba con exaltación de su obra, una obra repugnante, como a la vista estaba.

—No quiero… No quiero que mueran mis criaturas. —Tornó con cuidado un ser no superior a los cincuenta centímetros. Lo acunó, ensuciándose de líquido viscoso su blanca bata.

Arcaro parecía haber perdido su sobriedad habitual. Ahora era víctima de un extraño histerismo.

—No os ocurrirá nada. Yo seguiré cuidándoos… Y un día seréis libres…

De uno de los rincones apareció otra de aquellas criaturas, Era

de un tamaño aproximado a la estatura de un hombre corriente, pero su deformidad causaba espanto. La cabeza achatada, un solo ojo en el rostro, encorvado el cuerpo, a causa de una prolongada joroba. Deformados y demasiado largos los brazos, presentaba una actitud amenazante, mientras caminaba y murmuraba frases ininteligibles.

—¡Es Adolf! Se acerca a la perfección… También han roto tu recipiente… Pero tú puedes aguantar más… Me ocuparé de ti, más arde… He de reconstruir todo eso. Ayúdeme, Loockwood. Por lo que más quiera, ayúdeme…

El monstruo de la cabeza achatada gruñó algo.

—Está bien, Arcaro… Le ayudaré. Después de todo, sé lo que cuesta crear una labor… aunque yo no crea en la suya…

* * *

Hans entró y conectó la luz que iluminó el hall y parte del living.

Comprobó que Marión no estaba, pero continuó su inspección. Todo estaba en aparente orden.

Nada en la cocina. Todo limpio y ordenado.

Abrió la puerta del dormitorio de la muchacha. La cama estaba intacta…

Miró hacia la otra puerta; era el otro dormitorio. Se dirigió hacia allí, y entreabrió la puerta, pulsando el botón de la luz.

El hombre del abrigo negro seguía tras la puerta. Hans no entró, se retiró y, al apagar la luz, vio algo a través del espejo… Algo que le reveló la presencia del desconocido… Aunque bien oculto por la ropa que colgaba de las perchas clavadas detrás de la puerta, pudo ver parte de las piernas del instruyo. Fingió que iba a dejar la habitación, pero lo que hizo fue abrir la puerta de golpe para alcanzar con la mayor potencia al ladrón.

El tipo lanzó un grito, al recibir el trompazo, y Hans, sin darle tiempo, arremetió contra él. Obligándole a salir y golpeándole con toda su fuerza.

El sujeto enlutado recibió dos impactos en el estómago, que le obligaron a doblegarse, y Hans volvió a la carga, alcanzándole el mentón por dos veces y tirándolo al suelo.

Cuando el intruso, medio inconsciente, trataba de levantarse,

Hans cayó sobre él, y le despabiló con una serie de bofetadas.

—Ahora me dirás lo que andabas buscando en esta casa. —Pero el otro se encerró herméticamente en un silencio.

—¿No quieres hablar, eh? Pues bien, amiguito, no he hecho un viaje tan largo para volver de balde… Hablarás o… —Le amenazó con el puño. El otro intentó quitarse a Hans de encima, pero el joven le tenía bien atenazado; le incorporó de pronto y, con una precisa llave, le retorció el brazo.

—¿Dónde está Marión Stroedner? ¿Qué buscabas aquí? ¡Habla o te rompo el brazo! —Y a juzgar por la forma de apretar, parecía dispuesto a cumplir su amenaza.

—No. No apriete más… Rómpame el brazo, si quiere, máteme… Yo no sé nada…

* * *

En la clínica, Arcaro y Loockwood estaban terminando de poner orden en el laboratorio subterráneo. Aquel enjambre de seres deformes había sido colocado en nuevos recipientes. Algunos se amontonaban en una mesa, sin vida ya.

—Para éstos, todo ha terminado… —se dolió Arcaro—. Y el imbécil de Jurgens ha matado a los embriones.

—Bueno. Creo que será mejor que volvamos al quirófano. Tenemos que realizar una intervención quirúrgica. ¿Recuerda?

—Sí, sí. —Arcaro estaba preocupado por lo que él consideraba una pérdida irreparable, cuando apareció uno de sus ayudantes:

—¡Doctor! Han muerto dos de nuestros compañeros.

—¿Qué?

—Jurgens. Está furioso y ataca.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Se esconde y aparece, de pronto, para atacar. Está como enloquecido.

—¡Todo parece haberse vuelto contra mí! —rugió Arcaro.

El profesor Loockwood le interrumpió para recordar:

—El tiempo, Arcaro. Se están pasando los efectos de la anestesia de Marión.

Arcaro no parecía muy al tanto de aquel detalle. Y en efecto, Marión se removía. Empezaba a tomar noción de la realidad, y se daba cuenta de que sus extremidades estaban sujetas a la mesa del

quirófano.

—No… ¿Qué pretenden hacer conmigo? —Intentó moverse, pero resultó inútil—. Tratan de operarme… ¡De asesinarme!

Lanzó un grito, y luego se arrepintió de haberlo hecho. Allí, nadie podría auxiliarla.

Arcaro y Loockwood seguían en el sótano, y, cerca del quirófano, se aproximaba un enfermero. Vio luz y entró. El enfermero había oído el grito de la muchacha, y entró. La miró un instante, y murmuró:

—No sabía que fueran a intervenirla.

—¿Eh? —Ella sólo comprendía a medias—. Quíteme esto, por favor. Le daré todo el dinero que quiera. En el bolso tengo poco, pero puedo firmarle un cheque. Se lo juro. Sáqueme de aquí. Pretenden asesinarme.

—¡Oh! Lo siento —murmuró el enfermero, mirando fijamente con un interés lascivo las formas que se adivinaban bajo el lienzo que cubría su cuerpo.

—¿No me ha oído? Lo que están haciendo se descubrirá, y no habrá piedad para nadie. Cuando se sepa lo que ocurre en esta clínica…

Las manos del enfermero avanzaron hacia el lienzo.

—Es usted muy hermosa…

—¡Sáqueme de aquí! ¡Socorro!

Alguien se aproximaba. En enfermero no parecía oírle. Estaba obsesionado con la belleza de la muchacha.

Los pasos sonaban más cerca y, de pronto, alguien entró. Fue entonces cuando el enfermero se volvió, y murmuró algo entre dientes.

Ella, desde la cama, pudo ver «la cosa». No era la primera vez que tenía aquella visión espantosa.

El monstruo… El horrible ser de dos cabezas estaba allí. Gruñía algo ininteligible, hablando por una sola de sus bocas.

Era una visión aterradora y repugnante a la vez. Ahora, el mismo miedo le impedía desmayarse, o por lo menos, trataba de aguantar, de tener conciencia de todo lo que estaba sucediendo, sin que ella pudiera moverse, valerse por sí misma.

Aquel ser con su cuerpo deforme, abultado por el pecho y la espalda, a consecuencia de extrañas jorobas, iba cubierto con

harapos. Sus brazos, medio desnudos y vellosos, concluían con unas extremidades tan deformes como el resto de su cuerpo, en cuya parte superior se ensanchaba para formar un doble cuello y dos cabezas exactamente iguales. Cabezas rapadas, con ojos vidriosos, que parpadeaban al unísono. Las dos bocas correspondientes estaban retorcidas en una mueca espantosa…

No. No era posible mirarle unos instantes sin sentir aquella sensación de náusea, y el deseo de gritar, de huir…

El enfermero intentó detener al monstruo, pero éste le atacó, con movimientos pesados, pero contundentes. Su fuerza parecía superior a la de un ser normal, y seguía gruñendo, mientras buscaba la garganta de su antagonista.

Marión seguía aterrada. Aquella pesadilla era como para no olvidarla mientras viviera, si es que conseguía sobrevivir.

La lucha fue breve. El monstruo consiguió clavar una de sus zarpas en el enfermero, y con la otra mano le golpeó brutalmente la cabeza…

—Ahora me matará a mí —murmuró Marión, en voz alta.

El enfermero ni siquiera podía gritar. Aquella mano férrea le ahogaba, y los golpes machacaban su cráneo.

Cuando el monstruo le soltó, cayó como un saco. Luego, aquel par de cabezas unidas se volvieron hacia ella, inexpresivas, y la contemplaron durante varios segundos, que a Marión se le antojaron eternos.

—Piedad… Si es que puedes sentir algo… Te pido compasión… No… No me mates. —Se resistía a mirarlo, pero no podía apartar sus ojos de él. Temía el ataque, de un momento a otro.

Y vio avanzar sus manos hacia ella…

* * *

Entretanto, y lanzado a toda velocidad por la autopista, Hans Shoen se dirigía a la clínica.

No. No había conseguido que el intruso de la casa de los Stroedner hablara, pero, por lo menos, llegó a saber lo que buscaba…

Cuando le ató concienzudamente, y registró sus bolsillos, encontró el diario íntimo de Helga Stroedner. El ladrón se había apoderado de él, momentos antes de que Hans llegara a la casa. Así

el periodista supo lo que había ido a buscar: Luego, sin demora, llamó a la policía, sin dar demasiadas explicaciones:

—Hay un ladrón en casa del profesor Stroedner. Vengan. La puerta está abierta, y lo encontrarán bien atado.

No contestó a ninguna pregunta, ni se identificó. No tenía tiempo para ello. Fue directamente a su coche para dirigirse a la clínica. Ya lo tenía previsto así de antemano. Si Marión no estaba en la casa, tenía que hallarse forzosamente en la clínica, y, si no llamaba, es porque corría algún peligro… Luego, el hallazgo de aquel diario en poder de un desconocido, que prefería morir antes de hablar, hizo que su temor aumentara. Por eso su «Opel» volvió a alcanzar los ciento ochenta kilómetros.

Pero nada podía hacer, pues las garras del monstruo estaban cerca del rostro de la aterrada Marión.

Lanzó un grito, y cerró los ojos.

CAPÍTULO XVI

Cuando Marión volvió a abrir los ojos, pensó que estaba soñando. Lo primero que notó fue una mayor libertad de movimientos. Las correas que la sujetaban estaban flojas.

¡El monstruo la estaba desatando!

Con intermitentes gruñidos, aquel ser que atendía por Jurgens, terminó la operación de desatarla, y ella se incorporó sobre la mesa, cubriéndose con la sábana, para saltar al suelo con los pies desnudos, y notar la frialdad de las baldosas del quirófano.

—Libre… No estoy soñando… ¡Oh, Dios mío, gracias! —exclamó, pero el monstruo seguía allí, y parecía querer cobrarse el favor. Extendió sus manos, pero no en señal de agresividad. Su actitud era distinta, más bien pacífica; pero su aspecto seguía inexpresivo, aterrador.

Ella retrocedió hasta tropezar con algo.

A lo lejos, alguien se acercaba, hablando. Eran Arcaro y el profesor…

Tuvo la sensación de que un nuevo peligro la acechaba, y echó a correr.

—¡Grrr! —El gruñido surgió de una de las cabezas del monstruo, que salió tras ella.

Marión corrió por el pasillo, buscando algún lugar donde refugiarse.

En su desesperada carrera, salió al exterior. No Je importaba el frío helado y los copos de nieve que empezaban a caer del cielo. Corrió ladera arriba, en dirección al viejo caserón de la colina.

El monstruo avanzó con sus pasos pesados, por el corredor. Arcaro le descubrió:

—¡Allá va! ¡Jurgens!

Pero Jurgens no se volvió; solo lanzó un gruñido, y aceleró el paso hasta llegar a una escalera que descendía hacia otra parte del

sótano.

—Jurgens parece conocer muy bien sus instalaciones —comentó Loockwood.

—Demasiado. Ahora comprendo. Utiliza el corredor subterráneo que va directamente al caserón… Esto está construido sobre unas antiguas fortificaciones de la guerra. Hay un bunker debajo. Hice que construyeran la parte de túnel que faltaba, que enlaza por dos sitios distintos con la clínica. Ahora ya sé cómo atrapar a Jurgens. De momento, cerraré bien ambas salidas. Si quiere regresar, tendrá que hacerlo a campo través. Espéreme en el quirófano, profesor.

Pero estaban ya en el quirófano, y comprobaron que Marión había desaparecido.

—No es posible… —exclamó Arcaro.

—Se lo advertí. Le han pasado los efectos de la anestesia. Perdimos demasiado tiempo con sus «juguetes».

—¡Alguien ha tenido que desatarla! —gritó Arcaro, incrédulo.

—Desde luego…

—Ninguno de mis hombres lo haría. Todos me obedecen ciegamente, profesor…

Y Loockwood tuvo una súbita sospecha:

—Oiga… Jurgens salía del corredor. ¿No?

—¿Eh? Piensa que…

—Dicen que está furioso. Tal vez se está vengando de todo lo que le une a usted, doctor…

—Esto es absurdo. Jurgens tiene el cerebro limitado. No sabe distinguir entre el bien y el mal… No tiene capacidad. No sabe…

—Quizá se equivoque, Arcaro. Es posible que no conozca del todo a su criatura. Sí… —Y recapacitando, Loockwood añadió—: Incluso quizá tenga sentimientos.

—¡Oh, no!

—Es un hombre, ¿verdad? ¿Por qué no pueden gustarle las mujeres…?

—No, no…

—Usted lo utilizó un par de veces para asustar a Helga Stroedner. Usted mismo lo confesó.

—Sí.

—¿Y cómo se comportó Jurgens, en ambas ocasiones?

—Bueno. No hizo nada especial. Se limitó a comparecer. No

olvide que Helga estaba bajo los efectos de la hipnosis. Conseguí autodominarla a distancia. Resultó extremadamente fácil, con ella… Lograba hacerla salir de casa, sin que ella pudiera volver a recordar ese detalle. Para su subconsciente, se creía dormida. La atraje aquí un par de veces, le mostré el laboratorio, y aquello la aterró. Otra vez fue a la azotea, y allí utilicé a Jurgens. Por fin, la última vez hice que Jurgens llamara a su puerta.

—¿Y en Dortmund?

—¡Oh, sí! También… Fue la preparación.

—Pero ¿cómo se portó Jurgens? ¿Agresivo?

—No. Cuando tiene que aparecer para asustar a alguien, se queda inmóvil. Casi se diría que el asustado es él. Sabe que su aspecto causa pavor. Se ha acostumbrado a ello… Es como un animal, que se guía únicamente por el instinto…

—Eso es lo que usted cree, pero yo opino de un modo distinto… A pesar de su deformidad, tiene cerebro y sentimientos, piensa… Si eso no es una venganza…

—¡Oh, no! Venganza, sentimientos amorosos… Le valora demasiado, Loockwood, y basta de charla. He de dar órdenes…

Poco después, el coche conducido por Hans, entraba en el parque de la clínica.

Muy lejos, ya en la colina. Marión estaba frente al caserón.

La carrera y las últimas emociones le impedían sentir el frío que debido a su desnudez, mal cubierta con la sábana, se calaba en sus huesos.

El caserón era su último refugio. Fue hacia la puerta principal y la empujó. La hoja gruñó, y ella se sumió en la oscuridad.

Huyendo de todo, se había encerrado en la guarida del monstruo.

Y ahora, Jurgens, tras atravesar el corredor subterráneo, se hallaba en algún lugar de la casa, moviéndose en la oscuridad.

Allí mismo, en la oscura estancia donde se movían aquel par de cabezas deformes, había alguien más.

Un hombre tendido en el suelo. Un viejo llamado Christian, que hasta entonces había cuidado de la criatura, yacía muerto.

El monstruo se inclinó sobre él, y comenzó a golpearle sin piedad, mientras lanzaba constantes gruñidos.

Sin embargo, ella no oía nada. Se movía a tientas, temerosa de

encender ninguna luz. Trató de aclimatar sus ojos a la oscuridad, e intentó acompasar su respiración.

Entonces comenzó a sentir frío. Un frío de dobles características. Por un lado, la temperatura, por otro, el miedo… El miedo que aún no había abandonado su cuerpo.

Capítulo XVII

Hans había detenido el coche frente a la entrada principal de la clínica, a la que entró como un alud.

En el mostrador de la entrada, apareció el enfermero de noche que, antes de poder abrir los labios, se encontró con Hans, a muy escasa distancia de sus narices.

—¿Dónde está la señorita Marión Stroedner? ¡Vamos! Sé que está aquí. Igual que Helga Stroedner, su madrastra.

El enfermero parecía haber enmudecido.

—¿Es duro de oído, amigo? Le he hecho una pregunta… ¿Dónde están? Bien, avise al doctor Arcaro, si no quiere que le busque yo mismo.

—No… No puedo. El doctor no está aquí. No sé de qué me habla.

—Está bien, está bien. Ya esperaba algo así. —Y apartó al hombre de un empellón, pero el enfermero reaccionó al instante, y trató de impedir que Hans avanzara por el corredor.

—No puede entrar sin permiso.

—¿Qué se apuesta a que sí? —repuso Hans, agresivo.

El enfermero trató de sujetarle, y Hans demostró que, cuando quería, nada ni nadie le impedía realizar su voluntad. Hizo un amago, y seguidamente le clavó el puño en el estómago.

Mientras el enfermero se retorcía, tras encajar el golpe, Hans corría por el pasillo, observando las puertas.

No le costó encontrar las dependencias privadas, y en una de las puertas vio anotado el nombre que buscaba:

«Doctor Arcaro.

Director».

El enfermero había dado la voz de alarma, y buscaban a Hans, pero éste se encontraba en el despacho de Arcaro.

Frente a él estaba un hombre que no le resultaba totalmente desconocido.

—Claro… Usted es el profesor Loockwood. —Hans era buen fisonomista, y Loockwood se hallaba en aquel despacho, una de cuyas puertas interiores estaba abierta. Arcaro no se hallaba allí.

—¿Y usted quién es? —preguntó el profesor.

—¿Dónde está Arcaro? —Soltó el joven.

—No está. Pero usted…

Hans no le dejó continuar, y le atajó:

—¿Es aquí dónde hace usted esos experimentos que pregona? No me extrañaría que entre usted y Arcaro trataran de fabricar a esos autómatas.

Se aproximó y, sujetándole por las solapas, le atrajo con fuerza, repitiendo la pregunta:

—¡Conteste, profesor…! Tienen secuestrada a una paciente en este sitio, y su hijastra no está en su domicilio… ¿Es eso lo que pretenden hacer con ellas? ¿Convertirlas en muñecas sin voluntad propia…?

—No sé de qué me habla. Yo he venido de visita y…

Antes de que el profesor concluyera, apareció Arcaro. En su mano, llevaba un revólver.

—Deje al profesor, y levante las manos —ordenó—. Grita tanto, que se le oye en todas partes.

Hans viró en redondo, y se halló ante la amenaza del arma.

—¿Arcaro, eh? ¿Es así como recibe a los que vienen a visitar a un paciente?

—No son horas de visita, y usted ha entrado sin permiso…

—No me cuente el reglamento, y no piense que he venido solo. Asómese, y vera la cantidad de gente que me aguarda. Es la policía.

Mintió con tal seguridad, que hizo vacilar a Arcaro, el cual, durante un instante, se volvió instintivamente hacia el ventanal.

Era justo el tiempo que Hans necesitaba para saltar sobre él. Ni siquiera la tardía advertencia de Loockwood logró impedir los propósitos del joven.

—¡Cuidado! —grito el profesor.

Hans, ágilmente, había saltado sobre Arcaro, desviándole el

brazo, que retorció con habilidad para obligarle a que soltara el revólver.

Arcaro quiso recuperar el arma, y trató de empujar a su agresor, pero Hans le golpeó con su potente derecha, y el puñetazo hizo que el doctor diera contra la pared. Rápidamente, el periodista recogió el revólver, cuando Loockwood trataba de irse:

—¡Quieto! ¡Quietos los dos! No vacilaré en disparar.

Loockwood se detuvo, y Arcaro levantó las manos.

—Ahora, quiero que alguien me diga dónde están Helga y Marión Stroedner… O les aseguro que las encontraré…

* * *

Marión, en la casona solitaria, había empezado a oír rumor de pasos. Alguien estaba paseándose por una habitación de la planta superior.

Sé aproximó al pie de la escalera, y miró hacia lo alto. Todo estaba oscuro, terriblemente oscuro. Y un nuevo escalofrío se apoderó de la muchacha.

* * *

Mientras, Hans, revólver en mano, se aproximaba a Arcaro.

—Está bien, doctor… Usted lo ha querido.

—¿Qué va a hacer?

—Vuélvase de espaldas, doctor…

—No. Espere. Están abajo… Por esa puerta. En el sótano. Baje, y las verá. Están bien…

—¿De veras? Bien, doctor. —Y sin añadir palabra, hizo un rápido movimiento con el arma, que descargó contra el rostro de Arcaro, el cual cayó fulminado por el golpe.

Loockwood, muy cerca de la puerta, aprovechó para abrir y salir corriendo, al tiempo que gritaba:

—¡Tiene una pistola…!

Hans intentó seguirle primero, pero desistió, prefiriendo dirigirse hacia la puerta que le había indicado Arcaro.

Cruzó el umbral. Era una antesala. De allí arrancaba una escalera hacia el sótano.

Bajó y no tardó en encontrarse en un entramado de corredores.

Uno de ellos le condujo a la puerta más próxima, tras la cual se hallaba el alucinante laboratorio de las formas humanas encerradas en vitrinas.

Miró, uno a uno, aquellos recipientes, con su contenido.

—Cielo Santo… ¡Qué monstruosidad es ésta!

* * *

Jurgens, en la habitación superior del caserón, se dirigió hacia la escalera, y Marión sintió que las pisadas se aproximaban, haciendo crujir la carcomida madera de los peldaños.

Se retiró, asustada. ¡Alguien bajaba lentamente!

Por su parte, Hans, en medio de aquel mundo de pesadilla, con la música de fondo del hervir de extraños líquidos, el goteo de retortas y el intermitente zumbido de algún raro aparato, llegó hasta la puerta que cerraba la entrada a la cavidad donde Marión se había escondido en alguna ocasión.

Quitó los pasadores que la cerraban, y se mezcló en la oscuridad. Comenzó a moverse, y comprobó que aquello no era una cavidad sino el arranque del corredor subterráneo.

Buscó una pequeña linterna de las usuales para alumbrarse en la escalera de la casa y, con el pequeño chorro de luz por delante, siguió el largo y húmedo túnel.

Marión, entretanto, había retrocedido en la oscuridad de la casona, metiéndose en otra pieza, en la que tropezó con algo. Un cachivache de cocina cayó, produciendo gran estrépito, y las pisadas cesaron durante unos momentos.

Ella escuchó atentamente, conteniendo la respiración. Al cabo de unos instantes, el maderamen volvió a crujir, y los pesados pies de Jurgens continuaron descendiendo.

En esos momentos, Hans había pasado del raudo caminar a la carrera. Seguía por el corredor subterráneo, en dirección a la casona.

Jurgens, por su parte, había llegado al primer rellano. Doce escalones le separaban de la planta baja.

Y comenzó a descenderlos. Uno, dos, tres.

No tenía prisa.

La madera gruñía sin cesar, y Marión sentía multiplicado aquel ruido.

Trató de buscar un nuevo escondite, pero volvió a tropezar, y esta vez cayó al suelo, haciéndose un lío con la sábana, que era lo único que llevaba puesto.

Y Jurgens estaba ya más próximo. Cuatro escalones, cinco, seis…

Marión se incorporó. Miró hacia la única ventana, y vio que tenía rejas. Buscó la puerta. Saldría de nuevo fuera, pero la hoja había quedado encajada. Se preguntó por qué había cerrado. Ahora estaba atrapada. Intentó serenarse, y abrir.

Jurgens estaba descendiendo los últimos cuatro escalones. Marión consiguió abrir, y se lanzó hacia la siguiente pieza. La salida, la única salida que ella conocía, estaba en el centro de la casa. Tenía que cruzar por delante de la escalera.

Jurgens había llegado al final del último tramo. Su mole se interpuso en el camino de la muchacha, y no pudo evitar un grito.

Su silueta, borrosa en la oscuridad, destacaba por sus dos cabezas.

Marión retrocedió, y el monstruo avanzó lentamente hacia ella.

—No, Jurgens… Ya sé que me has librado, pero yo… Yo…

Muerta de miedo, seguía retrocediendo. Jurgens gruñía y avanzaba.

Una pared se interpuso en el retroceso de la muchacha, cuando el monstruo avanzaba sus manos hacia ella.

Marión lanzó un grito.

Por algún extraño eco, Hans pudo oírlo. Estaba ya al final del corredor. Ante sí tenía una escalera y, sobre el techo, una tapa de madera.

—¡Marión! —gritó, a su vez.

El monstruo volvió todo su cuerpo. Sus cabezas permanecían rígidas, por lo que sus movimientos eran más lentos.

Ella aprovechó la ocasión para intentar huir, pero no advirtió que uno de los pies del ente deforme pisaba parte de la sábana que cubría su cuerpo, y la sábana resbaló, mientras ella gritaba otra vez, e intentaba sacar la punta que el monstruo, involuntariamente, aprisionaba con sus pies.

* * *

Con un gruñido, Jurgens se volvió. Ella consiguió alcanzar la

sábana, pero, debido a su mala postura, cayó, mientras el repugnante ser se inclinaba para alcanzar con sus garras el cuerpo de la muchacha, helado por el frío y el terror.

Y consiguió asirla, mientras Marión gritaba otra vez, tratando de ahuyentar, de este modo, su indescriptible pavor.

Se sintió presa en las garras frías y velludas de Jurgens, que intentaba posarse sobre ella.

Entonces, con un esfuerzo terrible, surgió de la boca del monstruo una voz cavernosa, apenas perceptible:

—No… grites… O tendré que matarte… No me rechaces o…

No terminó sus palabras. La habitación se iluminó con dos fogonazos. Dos estampidos sonaron al mismo instante. El monstruo se incorporó lentamente mientras Marión, dando una vuelta sobre sí misma, escapaba de él. Luego, manchado de sangre, Jurgens se desplomaba, lanzando un terrible gruñido.

Marión se había puesto en pie. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, divisaron a Hans. ¡Era él!

Pero ya no podía más.

—¡Hans! —gritó, antes de desmayarse. Y Hans evitó que el cuerpo de la muchacha chocara contra el suelo. La cogió entre sus brazos, cuando las sirenas de los coches de la policía sonaban ya por el sendero que conducía a la clínica.

Epílogo

—El hombre que usted dejó maniatado se llama Schmid. Se le buscaba por asesinato. Por supuesto, no habló. Es un tipo extraño. Los médicos lo están examinando. No han llegado a ninguna conclusión, pero todo hace suponer que ese tipo, ese Schmid, está como… como dominado. Al principio, creímos que se hallaba drogado, pero es algo más complejo.

El inspector jefe de la Brigada de Investigación Criminal estaba dando las últimas explicaciones a Hans y a Marión, mientras el profesor Stroedner seguía al pie de la tumba donde acababa de ser enterrada su mujer.

Los que hablan acompañado a la familia al entierro, se habían ido ya. Y Hans preguntó:

—¿Cómo supo que estábamos en la clínica?

—Por el diario de la señora Stroedner.

—Es verdad. Lo dejé en la casa. Era una cosa íntima, y no me atreví a leerlo —repuso Hans.

—Nosotros tuvimos que hacerlo. Ante el mutismo de Schmid, aquel diario podía ser la única pista… Y descubrimos cosas muy interesantes…

Sí, porque en el diario, siempre según el inspector, Helga Stroedner había anotado todo lo ocurrido, con detalles. Especialmente, sus pesadillas. La visión del monstruo de dos cabezas. La influencia que ejercía sobre ella el doctor Arcaro…

—Ello, unido a la declaración de un vecino, quien nos informó de que Marión Stroedner había ido al hospital a media tarde, y no había regresado…

—¡Oh! Es verdad. Ya no me acordaba —murmuró la muchacha —. Me crucé con el señor Haendel, y me preguntó por mi madre. Apenas le atendí. Le dije que iba a verla, si me era posible…

—Él captó su angustia, señorita —dijo el policía—, y la

coincidencia de que Schmid llevase encima una identificación de la clínica, nos hizo atar cabos. Después de todo, señorita, su padre es un hombre muy importante para nosotros, y aquí había un misterio por aclarar. Para eso estamos…

La conclusión de todo aquello, lo que saldría a la luz pública, durante el proceso en el que se juzgaría a Arcaro y a Loockwood, iba a llenar de interés a todo el mundo…

Arcaro, en su clínica lujosa, apta sólo para millonarios, llevaba una doble labor. Aparte de la supervisión de los internados que sólo precisaban descanso, se entregaba a la tarea de crear nuevas vidas artificiales, seres monstruosos, que crecían entre sustancias químicas, y se desarrollaban en vitrinas. Jurgens era el subproducto que había llegado a la madurez.

Luego, las ideas de Loockwood habían sido puestas a la práctica por Arcaro, y así disponía de un ejército de enfermeros, los que, tras practicarles la operación cerebral, se convertían en fieles autómatas, sin obedecer más órdenes que las suyas.

Fue hallada una larga lista de posibles nuevas víctimas, todas ellas pertenecientes a gente normal y corriente, a la que resultara fácil captar y dominar su voluntad. Luego, esos seres, estuvieran donde estuviesen, serían, en todo momento, eficaces colaboradores de su dueño.

La ciencia tendría mucho trabajo en estudiar aquel fenómeno que amenazaba al mundo en esparcir, entre los humanos, hombres y mujeres sin voluntad propia.

Seres que serían capaces de matar y morir, si así se les ordenaban.

—Vamos, Marión. Hay que llevar a tu padre a casa.

Stroedner seguía al pie de la tumba, llorando la muerte de su mujer.

Sabía demasiado, y tuvieron que matarla. No se había convertido en una autómata, quizá era mejor, pero para Stroedner iba a ser una pérdida irremplazable.

Marión y Hans le cogieron cariñosamente para llevarlo hasta el coche.

—Vámonos a casa. La pesadilla ha terminado —murmuró el periodista.

Sí. Todo había terminado, pero al profesor le sería muy difícil

olvidar… Él era quien más había perdido.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994) que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall.

Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste… sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M. V. Rodoreda, numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste… Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.